

JOSEFINA L. A. DE BLIXEN



VARELA

EL REFORMADOR

MONTEVIDEO

1948

JOSEFINA L. A. DE BLIXEN

VARELA
EL REFORMADOR

MONTEVIDEO

1948

VARELA
EL REFORMADOR

“Ni aristocracia de sangre ni aristocracia de talento”, son palabras —señales de una actitud— que José Pedro Varela pronunció, cuando, ya absuelto de orgullo apuraba la vida en la experiencia redentora, como en un deslumbramiento de piedad y de justicia. Y si los hombres fueron lentos para percibirlo y algunos negaron su magnífico desintesés, aislado, herido, siguió llevando la existencia que se había trazado, prodigiosa de bondad, dedicada a los que no sabían y tenían que saber, seguro de que realizaba una obra de justicia social. De ahí que trasunte como un sentido evangélico, y de ahí también que haya que parangonar al milagro de su acierto educacional, su anticipado sueño de nivelación. Pues, ¿podría negarse que la escuela común sienta una de las bases de la democracia? Ni puede negarse que Varela al imponer su reforma, lo hizo como demócrata, aun antes que como educador. Y que sostuvo sus convicciones con sacrificio y sin intereses, virtuosamente, con la honestidad de los puros.

No tuvo nunca ambiciones. Era sencillo y llano. Y jamás pensó que su labor podía ser un trampolín para la gloria, ni deseó ser más que los demás. Buscó solamente la igualdad. Y por eso, quien podía animar su figura en el recuerdo, lo evocaba diciendo: “parecía cualquiera”...

Será así más viva esa obra límpida y esa acción despojada de intereses, al llegar hasta el

hombre que, teniendo talento, se empeña en suprimir los privilegios del talento, y que es un revolucionario frente al medio y al tiempo y aun a sus cómodas posibilidades personales. Y, ¿no ha de liberarse él mismo de los beneficios de su alta posición social? Va a romper con el culto del abolengo. Y, aunque pertenece a una de las familias más antiguas de la península española, de la que genealogistas de la talla de Barcelós y Piferrer, hablan con respeto y elogio, y a pesar de tantos ilustres antepasados que, desde el siglo XI venían dando sus nombres a la Historia, Varela va a sostener los ideales más modernos de igualdad.

Perdidos en el tiempo quedan así aquel Infante Don Vela, que fuera Cruzado y uno de los seis jueces del Cid, y luego Don Fernán Páez de Varela y Villamín, el guerrero de armadura, celada y penacho de plumas, que se destacó como uno de los jefes vencedores en la batalla de las Navas de Tolosa. Y como ellos tantos otros, hombres de armas y togados, obispos y hombres de letras, llenos de consideraciones y de títulos, y hasta aquel tío-abuelo, marino famoso, Don José Varela y Ulloa, que fuera también matemático e investigador, corresponsal de la Academia de Ciencias de París, y que, con su hermano Don Pedro, descubriera en el Asia Austral importantes regiones que llevan sus nombres.

Pero la obra de José Pedro Varela no precisa de ese escenario. Quiere el bien de los humildes, y reformará la escuela para que en su pueblo todos los hombres tengan derecho a tener los mismos derechos. Y si en algo mantiene el tono de sus antepasados, es solamente en esa acción firme que, como los otros, él lleva a cabo de acuerdo con su época.

La familia de Varela funda su casa en el Río de la Plata, cuando Carlos III envió a Don José Varela y Ulloa, investido de poderes especiales, como presidente de la delegación que debía demarcar los límites de las posesiones de España y Portugal, acompañado por Don Félix de Azara y Don Diego de Alvear y Ponce de León, y cuando aquél dejara embarcar, a manera de simple viajero, a un hermano menor, Jacobo Adrián, que quedó en Buenos Aires, donde constituyó su hogar con una joven peruana, Doña Encarnación Sanguinés.

La vida de Jacobo Adrián Varela, pobre en matices, es, dentro de la familia, como ocaso momentáneo, pues ni alcanza a las doradas grandezas de los tiempos antiguos, ni se resuelve en las actividades constructivas y eficientes de los futuros. Sólo se sabe que intervino en la defensa de Buenos Aires en la hora de las Invasiones Inglesas, ganando fama de bravo, como lo atestiguan las historias, y son sus descendientes los que van a restituir a la familia su antiguo brillo.

De los cuatro hijos de Jacobo Adrián, el mayor, Juan Cruz Varela, era indiscutiblemente un hombre de talento. Desde muy joven fué reconocido como un valor dentro de su generación, y apenas egresado de la Universidad de Córdoba, donde estudiara Derecho Canónico, fué nombrado secretario de Rivadavia. Gutiérrez, en su biografía, lo muestra como un espíritu agudo, "ingenioso y burlón como Voltaire", "independiente y urbano como Horacio", e idólatra de la forma como un ateniense. Poseía una cultura superior, era autor de obras serias, y escribió tragedias al estilo clásico. Fué poeta también, pero ha quedado como un poeta amañado y frío, a pesar de que "sentía por la poesía una invencible afición". Y si como escritor llegó a ser famoso y temible, es, principalmente, porque

sus sátiras, escritas con pluma ática, no podían perdonarse. Por ellas tuvo que expatriarse, y con él tuvieron que expatriarse también sus hermanos. Había sido, sin duda, demasiado hiriente, y la ciudad de Buenos Aires se cerró para él, ya que cuando quiso volver, Rosas había dictado contra los Varela la primer orden de destierro que se puso en vigencia en América.

Juan Cruz intentó asimismo el regreso, sin preocuparse de que ponía su vida al borde de la vida. Soñaba con la aventura romántica de visitar por breves horas a sus amigos, y una noche, escondida en las brumas, cruzaba ya su lancha el ancho río, cuando los barcos de Brown, escudriñadores y tal vez avisados, le dieron la voz inapelable de alto. Con su hermano Florencio habían planeado la audaz empresa y la llevaban a cabo, sin importar ni a uno ni a otro, de los riesgos que corrían. Y ese fué su último intento de regreso, fué su última rebeldía, ya que poco tiempo después moría en el destierro. Fué entonces cuando Florencio, al comunicar la noticia a los amigos del otro lado del río, escribía estas amargas y airadas palabras: "Habrá quien se alegre, pero esa alegría es el mejor elogio fúnebre para el hombre a quien detestaron todos los tiranos".

¿Quién podía expresarse así y quién era el que soportaba como el otro, riesgos, con algo de juego en el fondo? ¿Qué aureola ostentaba ya para que los tribunales orientales no le exigieran prueba de suficiencia para revalidar su título de abogado, considerándose de antemano satisfechos? ¿No extraña que, con su camino casi en blanco, actuara ya a modo de vencedor? Pero, en verdad, merecía ese anticipado prestigio, pues la leyenda del escu-

do de los Varela, "Hic est Varelae honoris stella", se volvía con él más justa que nunca. De ahí que, apenas instalado en Montevideo, Santiago Vázquez lo hiciera su consejero, que cumpliera delicadas misiones en Europa, que moviera hábilmente los hilos de la diplomacia rioplatense, y que tuviera constantemente en jaque a Rosas. Era escritor, periodista, poeta y tribuno. Y de él dijo Andrés Lamas, en circunstancias posteriores: "Nadie habría podido escribir con tanta autoridad la Historia del Río de la Plata".

De carácter firme, era moderado en la discusión, exponiendo con claridad y refutando sin arrebatar. Y si no sostuvo sino lo que creyó indiscutiblemente justo, y ni como abogado admitió una defensa sin estar convencido de que la razón estaba de parte de su cliente, como periodista tampoco perdía altura. Y así, cuando durante el sitio de Montevideo polemizaba con Eduardo Acevedo, de diario a diario, y de bando a bando, ambos se mantenían en los planos más altos del pensamiento y de la ética.

Además, poseía un trato encantador. Cautivaba con su voz apagada y suave. Pero cuando el entusiasmo empezaba a dominarlo, esa voz suave, crecía y tomaba volumen, y entonces convención y subyugaba; pero sin llegar a la violencia, que siempre consideró innecesaria. Y ese hombre justo y tolerante cayó bajo el puñal del asesino que se vendiera por unas monedas, y que lo mató en forma alevosa, a traición. Por eso se ha dicho que, si éste hubiera tenido ocasión de conversar diez minutos con él, el crimen no se habría llevado a cabo.

Estos eran los hijos de Jacobo Adrián, además de Rufino —que murió también asesinado al caer prisionero en una de nuestras sangrientas bata-

llas— y de Jacobo Dionisio, que fué el padre de José Pedro Varela.

Jacobo Dionisio era como los otros, ilustrado y culto, y persona de respeto y principal, que llevó una vida limpia, aunque sin brillo. Se interesó muy especialmente por las cuestiones pedagógicas, llegando a traducir el primer libro que tratara estos temas en el Río de la Plata, una obra del abate Girard —“La enseñanza de la lengua materna”—, detalle que evidentemente sirve para orientar en la búsqueda de una tendencia familiar.

Su esposa fué Doña Benita Berro, hija de Don Pedro Berro, hombre honorable, que en cierto momento ocupó la Vice-Presidencia de la Asamblea Constituyente, y de Doña Juana Larrañaga. Era aquélla también, hermana del poeta Adolfo Berro, uno de los más ardientes defensores de la esclavitud, y de Don Bernardo Berro, quien siendo Presidente de la República prestó muy preferente atención a las cuestiones escolares. Pero a esta reseña familiar hay que agregar, la magnífica figura del sabio Don Dámaso Antonio Larrañaga, tío-abuelo del Reformador. Era éste un hombre estudioso y modesto, que pasó la vida curvado, escudriñando en los campos, o meditando y trabajando en su celda del convento. Y que trabajaba sin enorgullecerse, creyendo más bien que hacía poco, casi excusándose y hasta diciendo: “Habrá quien se escandalice de verme perder el tiempo”... Sin embargo Bompland era categórico cuando escribía: “En Europa se espera su obra”.

Esta, pues, es la herencia que va a recibir José Pedro Varela, una herencia rica en talento y en ejemplos morales. De uno alcanzará el feliz consorcio de la moderación y la firmeza; de otro, la

justa armonía de la perseverancia y la modestia; de alguno el empuje, que es fuerza realizadora; de éste o de aquél, la sencillez, la pureza de intenciones, el idealismo, el entusiasmo; y, de quien más o de quien menos, esa inteligencia y esa generosidad que va a poner al servicio de su gran obra social.

Es 1845. Las campanas, lanzadas a rebato, anuncian la fiesta de San José, último júbilo religioso del atardecer del verano. Las calles, zumbadoras de niños y de mendigos, de borricos con árganas repletas de uvas, de coches, de negras pasteleras, de aguateros, de cargosos vendedores, de ruidos de organillos y chirriar de ruedas, se han animado un instante, así, como por encanto. Y van sucediéndose en medio de esa loca alegría, las apresuradas caravanas de devotos que van a los templos a cumplir sus ritos.

Con sombreros altos de copa, picudos cuellos y corbatines negros, visten los hombres sus levitas de gala: azules, castañas o verdes botella. Y las damas, descubiertos los hombros, tocadas de capotas con perifollos, vistiendo faldas de raso, llevan perendengues afiligranados y rosarios arrollados coquetamente, a modo de pulseras. Y siguiendo a las más encopetadas —como era costumbre—, van las doncellas o los pequeños criados, cargados con las sillas de jacarandá de las salas, y alfombras y cojines para arrodillarse.

Pero, ¿es presentimiento de ventura éste, que da al ambiente de guerra un leve respiro, mientras aun se escuchan redobles de tambores, y a manera de “chasquis”, ligeros jinetes pasan recordando la hora? No es por cierto fiesta mayor este diecinueve de Marzo que ha llegado casi entremezclado a la Semana Santa; y aun el combate es labor del día.

Alba tras alba parten todavía del abrigo de los muros, soldados que no vuelven. ¿Cómo estar tan cerca y tan lejos de la muerte? Probablemente existe ya el hábito del dolor, o la necesidad de huír del dolor, porque, mientras en los campos se siembra muerte, en la ciudad se funda la Universidad, se abren bibliotecas, se dan conferencias y se empieza a trabajar en institutos investigadores.

Sin embargo, acaba de retumbar, presagioso, el desastre de India Muerta. Los Notables han sido ya citados de prisa y se habla de apelar a los representantes de los Estados Interventores para asegurar la vida de los políticos comprometidos en la guerra que termina. Pero el pueblo sitiado sufrirá aun seis años los espasmódicos zarpazos del Cerrito. Y durante seis largos años seguirá contemplando alborozado o impávido, el ir y venir de las escuadras, y escribirá proezas de valor, o se mantendrá sacrificado en la somnífica cordura. Y es en este tiempo, y en este preciso día de fiesta, y aun así, como de trinchera, que nace José Pedro Varela.

Sus padres lo inscriben con los nombres en sentido inverso al que después usará: Pedro José. El primero en homenaje a su abuelo materno y el segundo por el santo del día. Y es ése el orden que consta en los archivos de la Parroquia de San Francisco de Asís, aunque luego han de llamarle simplemente Pedro.

Relatos como pesadillas van a hacer ahora para él de canción de cuna. Crece en un pueblo fuerte y pobre, mientras el hambre parece estar próxima y cuando su padre elabora pan. Y no es vulgar ese albor adusto, con imágenes de fusileros, opresión de ayes y, acaso ya un adelantado, melancólico, deseo de cosas mejores.

Pero un insistente secreto se va extendiendo sobre este tiempo riguroso y germinativo. Los irreconstruibles días de la infancia se vuelven herméticos. Y los biógrafos, aguzadores de recuerdos, deben pensar en él, casi como si nunca hubiera sido niño.

No es raro, en verdad, que en el ambiente de su casa, grave y sencillo como un mural de Litvartard, sin hechos bruscos ni complicaciones, no pasen cosas de las que haya que acordarse ni se escuchen palabras que asombren. Y que, mientras junto a sus hermanas Juana y Elvira y a Jacobo Adrián, cuatro años mayor que él, forma su carácter dulce y fuerte a un tiempo, y alegre y austero, parezca cualquiera, aunque no lo sea, y sin que nadie sospeche que no va a ser siempre así.

Hace sus primeras letras en un colegio de niñas, sin duda para que sus hermanas velen por él. Y es recién desde los nueve años que va a concurrir regularmente al de los Padres Escolapios. ¿A cuál de ellos se refiere, al acordarse de aquella "terrible escuela que odiaban los niños" y que sospechará más tarde que debían también odiar los maestros?

Pero, sea cual sea la "terrible escuela", lo cierto es que aprende poco, como él lo reconocerá algún día. Y que está ahí, sometido a lecciones fatigantes, en clases opresivas, en las que frente a la curiosidad de los educandos se alza la terca, rígida, antipedagógica enseñanza. Y allí, apretujado en su banco, entre todos, respirando el aire viciado de la clase, haciendo esfuerzos por mantenerse alerta, mientras una luz soñolienta adormece el espíritu, oyendo lo que no se entiende, y sin poder preguntar —porque la palmeta hace callar al que quiere que se le aclare una duda— cuando, infamantes, las orejas de burro han de ponerse al que no ha entendido, ya debe preguntarse "si se puede castigar con justeza".

Las cosas tienen que verse asimismo todavía con los ojos rebeldes de todos. Tienen que ser vistas, aún por él, desde una distancia sin horizontes. Es la hora en que su experiencia se irá haciendo lógicamente sin proyectos, e ignorando la inquietante, perturbadora, posibilidad de modificar algún día las cosas. Pero ese "método inhumano", esa "clase monótona y oscura", ese "hastío terrible", van a quedar en el fondo del recuerdo, cobrando vigorosa realidad cuando pueda plantear la redención de la escuela.

Entonces pasarán por su memoria los distintos instantes. Se acordará de cómo debían repetirse los absurdos textos sin omitir palabra. Volverá a reírse, pero ya en otra forma, de aquellos errores tan simples y tan impresionantes, que, al saltar un término o al trocarse una página, daban a la pasiva ilación un repentino sentido de locura. Y tendrá ocasión de demostrarlo en algún examen, cuando sea él quien enseñe a estos mismos maestros que ahora tienen la vara en la mano.

Entre sus papeles, en sus libros, ha quedado escrita esta frase: "Recuerdo mi primera emoción, mi primer sueño de gloria"... Pensaba en sus doce años.

Su maestro de Historia ha anunciado a la clase que "los que quieran escribir una conferencia sobre la Historia de la República pueden hacerlo y serán premiados". Se despierta entonces su deseo de gloria. Se siente capaz de escribir bien y hasta cree poder sobrepasar a sus compañeros. Abandona enseguida los juegos, prolonga las veladas, y pasa un mes leyendo, informándose, ensayando, cada día más espigado, ojeroso y pálido.

Más tarde anotará: "Me ponía a escribir algunas líneas sobre el papel y después tirando la

pluma me paseaba agitadamente por mi cuarto tratando de coordinar las ideas que bullían en mi mente". Y cuando la conferencia ha tomado la forma deseada, va a mostrársela a su padre. Este lo recibe con benevolencia; pero él lee temblando. Al concluir, espera angustiosamente el dictamen. ¿No ve que el padre sonríe? "Está bien", le dice, y agrega: "Puedes mostrársela al maestro". El niño se retira triunfante. "En ese momento no me hubiera cambiado por nadie: me creía más arriba que todos los hombres". Y el camino cotidiano adquiere una levedad desacostumbrada. Lo hace llevando la conferencia bajo el brazo, y piensa que todos lo miran y se inclinan ante su genio.

Muchas de sus emociones pasan así de nuevo por su mente, quedando para siempre impresas. Como por un lente pasa lo que fué. Y de pronto se anima otro instante. Un salón está lleno de gente. Los examinadores, hombres graves y, la mayor parte de ellos, ancianos, le infunden respeto. Desde la roja tarima, la concurrencia, con señoras sentadas en sillones de preferencia, cobra a sus ojos un aspecto teatral. Y desde arriba ve a su padre en un rincón, confundido entre el público. Es un momento de importancia y de miedo, el momento en que empieza a leer con voz temblorosa. Y aunque sabe la conferencia de memoria, tiene que seguir con la vista clavada en el papel, leyéndola sin leerla. Ya no se oye sino el ruido de su voz, que le da valor y lo aturde, y se hace eterno el momento breve. Sin embargo aun falta pasar por el tremendo silencio que va a reinar en la sala cuando él se calle. Siente entonces que va a caerse. Pero una voz salvadora se alza para darle ánimo. Y oye ya que el presidente dice: "Muy bien! Muy bien!" ¿Es bastante? El sonríe. Pero para alguien el elogio ha sido parco. El más joven de los examinadores, levantándose, va a darle la mano y le dice: "Mag-

nífico!" Los aplausos, al principio tímidos y contenidos, estallan espontáneos. Y ya en el patio, sus compañeros, con aturdida admiración, hacen algazara a su alrededor.

Ese día, los maestros anteponen su nombre a todos los demás, y una nueva medalla, de las que en su pecho formaran constelación, se agrega a las otras. "Un mes después todavía andaba yo con la medalla en el pecho y con la felicidad en el corazón", dice en alguna parte.

Empieza a creer en los grandes arranques de los hombres. Y con la cabeza apoyada en la Biblia medita las palabras de Cristo, tiembla con las visiones de San Juan y de Santa Teresa; se "sublima amorosamente" con Bernardino de Saint Pierre; se entusiasma con Víctor Hugo; palpita de patriotismo con Dantón y Vergniaud; vuela "a la gloria" con las proclamas de Napoleón y "se cree gigante". Y, si no es así, sus palabras se encargan de hacerlo sospechar.

Comienza, así, su vida romántica y apasionada. Lo inquietan las primeras ambiciones, y siente además tan extraña inclinación a la piedad, que la virtud es ya el tema de su primera poesía. Pero esta característica tan valiosa, empieza recién a perfilarse y, aun no se nota.

Mientras tanto, el tiempo escurridizo lo acerca al momento de dejar el colegio. Va a cumplir quince años, la edad que marca él mismo, como la del principio del sentimiento, del entusiasmo y de la vida. Ya es poeta. Ya se ha vinculado también a quienes van a ser sus mejores amigos, los Ramírez y los Herrera y Obes. Y, aunque más tarde

deje de ser poeta, y motivos inesperados, enfríen estas amistades, guardará de estos días, un recuerdo vivísimo.

Tiene la devoción de la amistad; hasta cree en los hermanos de elección. Y un día le propone a Carlos María Ramírez sacarse un retrato juntos. Ambos adoptan frente a la máquina actitudes graves y estudiadas. Tal vez quieren dejar un sellado recuerdo. Y con sus cabellos al rape y las figuras desgarbadas de la adolescencia, legan a la posteridad una jocosa estampa, de la que pronto ellos ríen, y en la que uno u otro, pone festivamente al pie: "Dos pavos". Y es éste como un primer testimonio de esa gran amistad, que pronto empiezan a comprobar las cartas.

Infinidad de cartas van a cruzarse entre Varela y sus amigos, acortándose las distancias que van creando distintas razones. Varela, sobre todo, demuestra un extraordinario interés por esta correspondencia, y lo prueba, cuando un día dice a Gonzalo Ramírez: "Escríbeme largo, muy largo, quiero conocer todo lo que te haya sucedido como si yo mismo lo hubiera visto y oído".

Ahora todo parece que va ser alegría y triunfo, y se da a todo: a las ideas y a los sentimientos. Aun no ha probado los desengaños ni los torturados caminos de la lucha, y vive entusiastamente, y asimismo como en un sueño. ¿No es por ventura poeta? ¿No ha tomado engañosamente, ese camino, para él entumecido, de la poesía?

Pero el padre quiere que él y su hermano Jacobo sigan carreras de porvenir, y tal vez lucrativas, carreras que den consideraciones y bienestar. Y con rara docilidad, el joven apasionado anotará

en su pequeña "Memoria": "en los años 1867 y 1868, me dediqué al comercio".

¿Podría, acaso, ser esa su vocación? Ama las letras y la filosofía, y querría ser abogado. ¿Cómo dedicarse entonces a los libros mayores? Fracasará frente a la Caja. Además, pronto mostrará sus arrestos de luchador, presentándose gallardamente en el periodismo. Pero se deja convencer por las palabras de cordura de su padre, abandona los estudios sin entrar a la Universidad, deja la literatura y el latín, ya inútil y del que no ha menester para comprar y vender maderas, y aprende lenguas vivas, propias para entenderse con los hombres en el campo de los intereses; inglés, francés, alemán, italiano, abriendo con Jacobo Adrián una barraca, a la que llaman "La Paz", en la calle Orillas del Pata.

Sin embargo, esa actividad no puede ser la que conviene al joven que lleva los gérmenes poderosos del revolucionario. Habrá que pensar que sólo la acepta, y que habría sido una posición o una sujeción suicida, si el azar no lo libera. Y he ahí que, por fortuna, mientras sale a recorrer mundo en busca de placeres burgueses, e interesado por transacciones comerciales, inesperadamente, se abre para él la perspectiva, nunca hasta ahora soñada, de la Reforma. Esto hace que todo cambie y que si hubo sacrificio, se vuelva fructífero, y que si fué error, se convierta en una equivocación feliz. Porque mientras todo se iba preparando para una madurez opulenta de gran señor del comercio, de acaudalado barranquero que, usa gorro de borla, chaleco de terciopelo y sortijas de diamantes, que puede gruñir y al que se hacen reverencias, el joven descubre ambiciones opuestas, y viendo lo que tiene que ser, se lanza impetuosamente por el lado contrario.

José Pedro Varela, Julio Herrera y Obes, Gonzalo Ramírez, José María Castellanos y un argentino, Eliseo Outes, fundan "La Revista Literaria". Con ellos colaboran, asimismo, Alejandro Magariños Cervantes Agustín de Vedia, José Pedro y Carlos María Ramírez, José Cándido Bustamante, Dermidio De-María y Fermín Ferreira y Artigas, entre otros. Son todos elementos de valía, que destacan entre los mejores de la juventud de su tiempo, y que salen a la prensa con románticos propósitos, unguados por el orgullo, protectores del pueblo y defensores de la libertad y de la justicia.

Hacen su entrada inscribiendo su programa para que se juzgue de "la santidad de las ideas" que van a defender, y diciendo: "Desde ya, sépase que la Revista, al presentarse en el vasto anfiteatro de la publicidad, no viene como el gladiador Romano a sacrificar la vida por una sonrisa del César; no viene a lucir habilidades; viene sí, a defender ideas, creencias y principios; y por eso en el caso de caer, quiere hacerlo como el cristiano primitivo abrazado a la cruz que simboliza su fe. Por eso añaden: "Después de esto nadie extrañará que arroje franca y lealmente lejos de sí la oliva de la concordia para decir con el Hombre-Cristo: "Mi misión no es de paz; mi misión es de guerra". Y envalentonados declaran "la guerra al crimen y al error, la guerra a la inmoralidad, la guerra al vicio".

Hablan, pues, de esgrimir el arma del hombre de Judea": "la verdad". Sospechan "que no ha de faltar quien tache de osadía la resolución" y, airadamente previenen: "Sofocaremos en los labios la sonrisa despreciativa de los que sólo conceden la palabra a los que hablan en nombre de la experiencia y de la vejez". Ellos no han pasado por esa prueba. Tienen fe en el "robusto acento de la juventud", y "en el entusiasmo de esa juventud que

con el alma llena de vivificante calor, llena de abnegación, llena de vida, va haciendo rodar al abismo los escollos que en el camino de la civilización y el progreso niegan paso a la planta lacerada de la humanidad". Pero exclaman: "La tarea es ardua, lo sabemos". Saben también que exponen sus ilusiones. "¿Qué importa! —dicen asimismo—, las sacrificamos gustosos a la causa que nos hemos consagrado", y "como Abraham, las llevamos resignados a la pira del sacrificio esperando que el Dios de la victoria detenga nuestro brazo".

¿Quién no comprende y excusa su arrogancia? Ninguno de los que escriben tiene más de veinte años. Los pequeños periodistas, pues, pueden considerarse los hombres indispensables del país. "Dichosos, sí, nosotros, si en la *via crucis* que emprendemos, logramos dejar grabada en el corazón del pueblo —esa Verónica que se halla siempre en el camino de todos los que marchan al Calvario —una imagen fiel de nuestra doctrina, aunque sea imprimiéndola con la sangre y el sudor de nuestras faces".

Las citas, el tono, la forma de escribir, denuncian la pluma de Varela, aunque de ello no haya seguridad. Pero, porque puede ser y existen fundadas posibilidades de que sea, hay interés en transcribir el final del artículo: "La revista tiene por religión la creencia en Dios; por moral, la divina moral de Cristo; por norma de todos sus juicios, la verdad; por pendón de su propaganda, la libertad y la justicia". Y han de leerse como tuyas también las jactanciosas, desafiantes palabras con que ofrecen sus columnas a quienes quieran disipar un error, combatir un abuso, desenmascarar un vicio o defender una causa justa, cualquiera que sea —como dicen— advirtiéndolo: "La Revista no reconoce jerarquías ni sagrado, tratándose de erro-

res o de vicios" y "si en el cumplimiento de su misión el error se refugia en el templo, en el templo penetrará para extirparlo; y si la falsedad se entrona en el altar, al altar subirá sin vacilar, para derribarlo". ¿Qué más pueden decir? Pero tal vez hay en todo ello más travesura y picardía que otra cosa. Y si en verdad Varela es el que habla, él mismo se va a contradecir, porque pronto sus palabras van a volverse suaves, distintas, humanas, comprensivas y piadosas. Porque si es cierto que en ese momento su palabra es cortante y revolucionaria, es porque antes de empezar a ser un hombre constructivo, pasa por esta faz de desconformidad.

Sale a *desfacer entuertos*; a buscar la libertad, la igualdad, la justicia, la verdad. Arremete contra todo, y arremete, porque todo le molesta: las lejanas monarquías, "que violan derechos naturales"; el que llama "bambaleante poder papal"; las religiones que no cuidan del adelanto y de la moralidad del pueblo, según piensa, porque "si las masas se ilustran demasiado, será innecesario conducirlas". Y ataca a los gauchos, "masas consumidoras... elementos políticamente disolventes", cuyas revueltas compara a las "saturnales políticas de la República Romana". ¿Qué deja en pie? Con intemperancia todavía nueva escribe con palabras duras como latigazos. Aun no posee la domadora experiencia que tan pronto va a ayudar a encauzar su acción, serena y clara. Y sin parecer vacilar, tal vez vacila, porque en todo hay más apasionamiento que firmeza.

Durante algún tiempo seguirá, pues, siendo así y procediendo impetuosamente. Sin embargo, ya escribe: "La política me hastía". Tal vez sólo

lo hasta la política de pequeñeces y miserias, ya que dice en algún momento: "aquí no se puede hacer nada sin enlodarse". Su entusiasmo tiene, pues, un límite. Y es tolerante e intransigente a un tiempo. De ahí que no sea el afiliado incondicional de ningún partido, y que pueda exclamar: "Flores, iluminado por un incendio y cubierto con la bandera argentina es tan blanco como Oribe". Y por eso, también, a raíz del fusilamiento de Leandro Gómez, afirma: "a pesar de tener personero, seré soldado voluntario en cuanto se aproximen los brasileros", y exclamando lleno de orgullo: "y abrigo la esperanza de que sabré hacerme matar antes de ver flamear en Montevideo el pabellón del Imperio".

Pero este joven, que actúa con raro patriotismo, en lo referente a política interna, y a veces con una moderación de hombre maduro, toma las cosas frívolas con la gravedad que se toman a los veinte años. Así, en su correspondencia, alternando con juicios serios, deja deslizar esta frase: "En carnaval no he vivido, he soñado"... O a manera postdata, después de comentar fiestas y aludir a amoríos, termina escribiendo: "Dicen que Flores está en el Paso del Molino. Comprende como estará de triste el pueblo cuando todos los guardias nacionales están en los cantones y cuando de un momento a otro se espera que haya cuando menos algunos tiros". Su severidad de patriota está atemperada por la necesidad de gozar la vida. Hay en él como un desequilibrio, un lógico desequilibrio de ideas y de sentimientos y se mezclan así, grandes ideas con impresiones graciosas. "La libertad, como una pelota de goma, se levanta tanto más alta cuando mayor es la fuerza que se le imprime al caer". Es un niño que juega a ser personaje, ignorando que pronto va a serlo de verdad, y que ya, en medio del aturdimiento de

su vida divertida, piensa en grandes misiones y exclama: "Dichosos los que las comprenden", por lo cual, pronto podrá decirse, dichoso él.

Muchos de estos pequeños motivos van dando la sensación de que el joven se prepara para ser alguien, sobre todo, cuando declara en letras de molde su resolución de cambiar de nombre, para evitar confusiones, advirtiendo que, desde ya, Pedro Varela firmará José Pedro Varela. Y, hay en todo este andar de prisa, como una secreta promesa de acción. Pero Carlos María Ramírez, que considera, acaso, la medida excesivamente teatral, tomándola a broma, le llama en la Revista, "Ex-Pedro José".

Sucede esto en el tiempo de las primeras, desmedidas, ambiciones, que luego se reconocerán legítimas, pero que ahora sorprenden, porque es como si todos estuvieran ciegos. No se sospecha nada. No se adivina lo que puede ser. Ni acaso ellos lo creen, aunque él diga que hay que hacer cuanto se pueda. "para que lleguemos un día a ceñirnos la corona". Pero habla así, mientras ríe de sus propias palabras y mientras afirma que la seriedad es ridícula en él. Está en la hora de las fantasías, de las extravagancias y de las locuras. Es el tiempo en que en serio o en broma exclama que, de no haber sido hombre, habría querido ser árbol, porque soñaba con la gracia de poder mantenerse siglos y siglos, inmutable ante la inmensidad, vencedor de lo breve, haciendo frente a las tormentas, sobrepasando a las generaciones, gozando la paz. Y lo dice, cuando todavía las cosas huidizas no debieran haber empezado a inquietarlo. Tal vez porque quiere su triunfo, un triunfo total. Quiere triunfar sobre la naturaleza, y desde

luego también sobre la humanidad. "Nada me gustaría tanto como ser santo, para tener arrodilladas ante mí, a las más hermosas mujeres", se anima a confesar en un comentario periodístico.

En estas circunstancias y con tan encontrados deseos, resulta admisible que desdoble su personalidad entre el periodista que dicta normas y el joven a quien preocupan nimiedades. Ahora hay que evitar que ciertas cosas trasciendan, por lo cual firma Cuasimodo o El Ente, cuando piensa que no debe comprometer su firma. Es un proceder prudente y que muestra una punta de orgullo, y que adoptan como él todos sus amigos, ya que Carlos María Ramírez firma también como conviene, Gavroche; Julio Herrera y Obes, Calengo; Miguel Herrera y Obes, Chicot, y Juan Antonio Ramírez, Otsugna. Y es natural que así lo hagan, cuando alternan temas de muy diversas calidades, y, sobre todo, que lo haga Varela, que suele escribir desde el artículo de fondo hasta la crónica social, y que publica versos, traduce folletines, comenta teatros. "¡Qué sarcasmo!", confesará él mismo en su propio diario, al hacer la crítica de un concierto, debiendo empezar por reconocerse incompetente.

Es la hora en que la causa liberal gana adeptos, y Varela, que hace alarde de anticlericalismo, con voz enconada, declara: "Soy el mayor enemigo de la Iglesia". Todos sus artículos son ahora violentos. Quiere transformar las cosas, y sostiene que, para que las religiones puedan vivir en el corazón del pueblo, es necesario que se transformen con él. Su intransigencia llega a sindicarlo y se le tiene por un ateo. Más tarde la Iglesia ha de com-

batir, por todas estas causas, su escuela laica, y un sacerdote, asustado con su violencia, llegará un día a exclamar: "Es más feroz que Rosas!"

Pero ese enemigo de la Iglesia cree en Dios y admite una religión sin boato, sencilla, a la manera de la religión primitiva. Ciertamente es que, para él, Cristo es únicamente el mejor de los hombres. Y toma al cristianismo como un principio político. Para él el Evangelio es el verdadero código republicano, pero declarando, además, que es "una oración sublime que encuentra eco en todas las almas" y que la humanidad —según sus propias palabras— redimida bajo el frondoso árbol de la justicia, levantará algún día ese magnífico prelude de admiración. "Difundir el verdadero espíritu del Evangelio, he ahí el trabajo de los buenos", y en ese santo trabajo, dice luego, el espíritu de Dios los acompaña. Es bálsamo que cura todas las heridas, escribe; es bendito aliento que presta fuerza a los que desfallecen. Y piensa que el Evangelio "es estrella de felicidad y de paz que guía a los extraviados", agregando: "Dichoso el pueblo cuyo código sea el Evangelio; y cuya justicia y cuya norma, sean la verdad que brota de sus sublimes páginas!"

Así escribía ese anticlerical, que en algún momento pedirá: "Que no se diga que soy ateo".

En el sentimiento religioso de Varela hay aparentemente, así, dos corrientes opuestas. Tan pronto remeda a Voltaire, o bien pronuncia palabras respetuosas, y hasta en ocasiones palabras de creyente. Y más tarde, cuando su juventud —ya menos torrencial— da a cada término suyo un valor exacto, cuando va a defender una escuela laica para un gobierno laico, dirá todavía: "El senti-

miento religioso vivirá siempre en el hombre y el misterio de lo desconocido solicitará activamente los impulsos del alma humana. "Pero en ese momento él sostendrá, es cierto, que "la enseñanza religiosa debe dejarse a la familia y al sacerdocio", porque "la escuela tiene por fin desarrollar las fuerzas físicas, morales e intelectuales del niño, dándole conocimientos útiles, desarrollando su inteligencia, preparándolo para la práctica de todas las virtudes y el cumplimiento de todos los deberes sociales". Y Varela querrá que no choquen ambas posiciones y hablará de armonizar "las exigencias del individuo, como ser laico, y las de la sociedad; y las exigencias del individuo, como ser religioso, y las de la Iglesia".

Posiblemente no hay en él contradicción entonces, cuando se inclina a Dios, y cuando casi a la vez sostiene que la mejor plegaria es una vida de honradez y de amor, ni cuando escriba —cautivado por la belleza de las islas del Paraná: "Dichosos los que enseñados por la naturaleza, guiados por la razón y la conciencia, atraviesan los caminos de la vida iluminados por los resplandores de la luz divina:". Ni podrá hablarse de dualidad, cuando, como poeta, se muestre tan francamente religioso. Puede ser la "*exigencia religiosa*" la que lo haga dirigirse a la Virgen de los Dolores, pidiéndole que escuche su plegaria y le dé consuelo. Pero, ¿es un ateo el que puede decir, al reconocer que de sus sueños de niño —según sus palabras— ya no queda aquella "bendita fe" que Dios le diera: "Haz tú, Señora, que viva siempre en mi alma como hasta ahora"? ¿Es un ateo quien va a añadir: "A acojarme bajo tu manto, hoy vuelvo arrepentido, bañado en llanto"? Además, como en los libros santos, llama a la Virgen "Estrella de consuelo", "Amparo de los tristes", "Reina del Cielo". ¿Puede hablar así, aunque sea poéti-

camente, un irreductible incrédulo? Porque si confiesa que ha perdido la fe, exclama en su canto a la Virgen: "Cuantos pesares para ahogar el recuerdo de tus bondades!". Y para Varela "si la poesía es mentira debe ser combatida", porque la poesía es todo lo que hay de más íntimo", sosteniendo aún: "Vivirá eternamente, como Dios mismo, porque es la voz de Dios haciéndose oír a través del corazón humano".

El Uruguay pasa por una época de duras pruebas, y una revolución, que no ha podido dominarse, hace que su partido —desde el poder— busque el apoyo extranjero para imponer la calma. Varela repudia el acto y se expatria voluntariamente, diciendo que "el puesto de honor falta a la lucha". Y pasa breve tiempo en Buenos Aires, para regresar recién cuando las pasiones se hayan aplacado y la situación esté casi normalizada.

Es un muchacho apasionado e intransigente, en política como en todo, pero que pasado el arrebató, deja los problemas serios, y alegremente, ávidamente, busca las diversiones. Otra vez es el infaltable paseante de la calle Sarandí en las mañanas domingueras. Va de la Caridad a la Matriz, como cumpliendo un deber. Está con su gamera alta, su capa española en los días ateridos, o el chaleco claro en los días bullentes de sol y, como los elegantes, usa la corbata a lo Lamartine. Hacer la corte a las mujeres hermosas es ahora su oficio. Por eso cuando, ansiosa, pregunta una amiga a otra amiga: "¿quién estaba a la salida de misa?", la respuesta es: "desde luego, ya puedes figurarte, Pedrito Varela".

Acaso todavía ama a todas, y acaso posee la "sensibilidad parca" que le atribuye Berra. ¿No es tomar a risa el amor, decir: "Qué diablo! A Cua-

simodo le gusta ser romántico, quejarse de las penas! Quejarse del amor!" Pero, no. Ama a Lola y le dice: "¿Qué sería yo sin ti?"... "Lo que la noche si no la alumbra la luna"... "Paria perpetuo, náufrago eterno".

Sus cartas lo muestran siempre como el más enamorado de los hombres. "La historia de mi corazón durante los tres años en que no la he visto a Ud. es la historia de todos los suplicios, tanto más horribles cuando que tenía que cubrirlos con la careta de la felicidad". Todos sus billetes son como ese, apasionados. Y si aparentemente juega con el amor y ríe y canta a muchas y se presenta como inconstante, en su correspondencia íntima han quedado pruebas de un dolor y de un amor verdadero. ¿De uno solo?...

"Ha alentado Ud. mi amor, y sin con palabras me ha dado una negativa, con sus acciones me ha dicho siempre que me amaba... Si me ama Ud. no juegue con su amor; si le soy indiferente no juegue Ud. con el mío." ¿Es a Lola a quien habla así, o a "la criatura de los ojos azules como la bóveda del cielo"?

De barba rala y mirada casi reidora, y cuando aun sus rasgos están sin afilar, habla ya de la "aridez del desengaño". "Hay pesares que no se calman", escribe así a uno de sus amigos que se encuentra en una situación análoga a la suya. Confidencialmente le habla de un tremendo dolor que ha acabado en indiferencia. "Entonces—dice—no se sufre, pero tampoco se cree ni se espera; el cielo está completamente cubierto; no se vive, se vegeta". A este momento anímico corresponde sin duda su poesía sobre el amor y la indiferencia. El ha vivido el diálogo; ha amado y no ama, y ha vuelto a amar y a no amar.

Pero tal vez halla en la desventura amorosa la aureola romántica. Varela es un romántico y, como los jóvenes de su generación, debe considerar elegante sufrir por una bella desdeñosa, "cirio fúnebre al que agitan los vientos".

Y porque es así, canta pues a la pequeña, lejana, inmóvil amada, que llenó de desolación su vida y casi al mismo tiempo, ama ardientemente a Luisa, que fué la más bella y la más insensible de sus novias.

Lo vamos siguiendo por una existencia como ramificada en cosas que no son lo substancial. Estamos en etapas desconocidas, que a veces se vuelven tan herméticas y secretas, que dan la impresión de que se recorriera una vida entre túneles. Y son apenas instantes, lo que se recoge de su vida. Pero, por esos caminos trabados es que vamos acercándonos a su hora clara, aunque todavía no se prevé la ascensión. Y es precioso el tiempo que malgasta en la política, en el periodismo, en la poesía y aun en el comercio, pues durante dos años hará y deshará caminos vacíos.

Se deja fascinar por la poesía. Cree que es un divino zumo, que no debe perderse, y junta sus versos en apretada selección para publicarlos. No adivina que la poesía, como la música, son elementos huidizos para sus posibilidades. ¿No hay quién esté en condiciones de decírselo? Tal vez entre sus mejores amigos ninguno puede ser el consejero que precisa. El mismo lo dice: teme que sean demasiado indulgentes. Por eso busca más lejos. Quizá, también, porque ninguno de los que está junto a él es poeta de veras. Ninguno puede ser su crítico. Así piensa en la hora de la partida, cuando ya está pronto para embarcarse para Europa y Estados Unidos.

Va por negocios. Pero se le ha nombrado también corresponsal de "El Siglo", y se propone escribir sus impresiones de viaje. Y entonces recién se le ocurre hacer su juez a Víctor Hugo. Nadie mejor que él para tener un destino en la mano, se dice. Su palabra no podrá tacharse de parcial ni podrá ser discutida. Y eso es lo que precisa. De ahí que, como los guerreros de la antigüedad, vaya lleno de fe, a consultar el oráculo.

Habla asimismo de un proceso. "Mirada primero como una quimera; acariciada después con cariño, pero sin temor; considerada por último como una cosa realizable, esta idea dió por resultado que atravesáramos el océano, y fuésemos a Guernsey".

El viaje de negocios, y de placer, tiene desde ese momento también algo de peregrinaje. La pequeña isla de la Mancha, de peligrosos arrecifes, se ha convertido en la meta. Y alentando esperanzas, y sin llevar otro pasaporte que el de sus secretas ambiciones, va a presentarse a "la humana divinidad".

Pero antes de llegar a la isla, ha de ser el viajero curioso y desconforme, que escribe desde el Brasil: "Qué naufragio más espantoso que la esclavitud y qué moreadores más crueles que aquellos que aumentan el trabajo del esclavo para decorar lujosamente el templo, donde se pretende predicar la doctrina del humilde carpintero de Nazaret!" Está todavía en la misma posición de cuando era director de la Revista Literaria. "Es un pueblo de esclavos", anota indignado refiriéndose al de Portugal, porque la concurrencia de un teatro se ha puesto de pie al presentarse el Rey en su palco. Y desde España habla otra vez de la suntuosidad de las iglesias y de los muchos conventos que existen, y hasta de las muchas sotanas que encuentra en la calle. "Aquí no se puede ha-

blar de Garibaldi en alta voz", escribe en una de sus crónicas, y, repitiendo las palabras de un compañero de viaje, sostiene que una idea avanzada puede causar disgustos y que lo mejor es callar. Y para él es desde ya un pueblo que se muere y "al que sólo le resta un remedio: la revolución".

Al llegar a París escribe a Rosas pidiéndole una entrevista, que no se le concedió, por lo cual tuvo que renunciar a su proyecto de hacerle una visita impertinente.

En esa misma ciudad asiste a una sesión del Parlamento, que comenta en la forma acostumbrada y acaso con más calor, porque se discutía el apoyo militar al Papado. ¿Puede acaso ser por ventura casual, que la cuestión religiosa se encuentre siempre en su camino? ¿No es el tema que busca? Varela es un hombre de convicciones, casi de obsesiones, que tiene ideas, y al que no le interesa lo demás.

Visita Europa, el continente de las ciudades seculares, que siglos de historia han vuelto casi sagradas, sin inmutarse, con la idea insistente—como la de un monje— sin salir de su encierro espiritual. Pasa apenas la vista sobre ese arte sostenido, que deja atónitos los ojos de los viajeros, y viaja hallando sólo los problemas que los extranjeros prefieren no remover, desinteresándose de las múltiples atracciones que halagan a los voluptuosos y aun por aquéllas que hacen de imán para atraer a los hombres selectos. Su viaje es así un viaje sobre sí mismo. Nada de lo que ya no estuviera en él, ha de interesarle. Mira a las ciudades como a estampas, como a cosas vistosas y pasadas, sin dar valor al recuerdo y sin dejarse cautivar por la belleza. Es un viajero para el cual el goce estético casi no tiene significación; pero al que la acción sirve de estimulante. Por eso si va ahora a detenerse ante un hombre que, ya es casi una reli-

quia, es debido a que éste, asimismo, es el más revolucionario de los espíritus modernos y coincide con él.

Vive Víctor Hugo en olímpica soledad, desterrado en su isla, país de rocas, condenado por los hombres, cuando un joven desconocido irrumpe interrogante, en busca de alabanzas. Para llegar allí ha hecho miles y miles de millas con su manuscrito, cuidado como un tesoro. Y si sabe que, ahora, al llegar a Guernsey, va a arriesgar sus ilusiones a un solo golpe de fortuna, está dispuesto a que así sea. Por eso escribe al desterrado, nombrándolo árbitro. "Vuestro nombre, señor, está tan alto, le dice, que se ve de todas partes del mundo. Poeta, sois el más grande de los poetas modernos; pensador sois el más ilustre de los defensores de la libertad. Es por eso que en mi país se os adora como a un Dios. Allí los niños, cuando empiezan a balbucear las primeras palabras, murmuran vuestro nombre confundido con el de la Divinidad". La carta hace que se abran las puertas de la casa del poeta. Esa admiración tan espontáneamente expresada, tal vez halaga a quien ya ha sufrido reveses. Pero, es esa admiración tan sincera, la que pasma y muestra su audacia, aunque llegue temblando. Pero él no ha de creerlo, ya que sostiene: "tenemos derecho a pedir un consejo y una palabra al genio que es en la tierra la imagen encarnada de la Divinidad". ¿No ha dado su orgullo, con todo, un salto enorme?

El venerado poeta contesta al peregrino con palabras de bienvenida: "Hablaemos, de vuestras poesías y de vuestro talento" le dice, por lo cual, al día siguiente, el joven va y viene nerviosamente por la vereda, esperando que el reloj de la

iglesia cercana dé la una y media, que es la hora que el poeta ha fijado para recibirlo. Y mientras en su oído zumban todavía las campanadas, con ansiedad tira la borla de seda verde de la campanilla. Es un momento de emoción y timidez, pues empieza a inhibirse, cuando, por el recibimiento que se le hace, ve que se le espera. Sube la escalera así, ya sin aplomo, de prisa, y en puntas de pie. Pero, no puede retroceder, porque la puerta se abre y se encuentra frente a Víctor Hugo que trabaja en un gran silencio, con la cabeza hirsuta inclinada. Todo pasa en un instante. Y de nada le sirve ahora medir su osadía. Pero el poeta, con acogedora sonrisa, lo mira, y, sin dejarlo excusarse ni explicar nada, con desenvoltura, da a la conversación el tono ágil y fácil que la hará agradable para ambos. "He leído sus versos" dice casi de entrada, y afirma: "Es usted poeta", añadiendo: "creo no equivocarme en esta opinión porque el herrero debe entender su oficio". Luego comenta algunas de las poesías y, se interesa, entre todas, por la que Varela ha dedicado a Adela.

Habla naturalmente sin dejarlo hablar, con la verbosidad con que escribe, con la seguridad del que se considera por encima de todo, y, con entusiasmo pasa del libro que ha de juzgar, a la poesía en general y vuelve de ésta al poeta. La literatura lo apasiona y las poesías de Varela, aunque ha de leerlas escritas en un idioma que suena duro a su oído, le interesan. "Veo por ellas que es el alma de Francia la que palpita en usted. Para mí, no es usted un ciudadano de Montevideo; es un compatriota que esparce en aquellas lejanas regiones el espíritu de la Francia liberal. Continúe usted —le dice— porque aunque no tan vasta ni tan eficaz como la de los escritores franceses, es noble y grande la misión de los escritores americanos". ¿No

es todo esto más halagador de lo que el joven soñara? ¿No debe creerse ya ungido?

Esta opinión del hombre más notable que ha producido nuestro siglo, explica bien la publicación de este libro, dice luego, con razón.

Y "Ecos Perdidos", como ha de titularse el volumen, aparece en Nueva York, con un prólogo en el que narra la entrevista con Víctor Hugo, y en el que imprime la frase culminante, ese elogio con el que puede entregarlo al público, seguro de que lleva el escudo que va a hacerlo invulnerable.

Sin embargo, a pesar de la autorizada opinión de Víctor Hugo, Varela no es poeta, ni demuestra en este libro su talento ni el tono de su sensibilidad.

Por otra parte, el libro tiene todos los defectos de la poesía americana de su tiempo. Hasta podría tomársele como un poeta representativo de esa generación, fría y trivial, que no sabe comunicar emoción, que da una poesía que carece de la gracia sutil, armoniosa y elegante, fina, aérea, ligera y fuerte, capaz de imponerse sólo por lo que deja adivinar la forma, y que tampoco alcanza verdadera hondura de pensamiento. Pero, de su vida tan velada, ésta va a ser única obra que ha de dar lo que no está absolutamente fuera de él, y por esto ha de tomarse como una guía.

Tiene el valor del libro sincero. Y lo tiene, sobre todo, porque ha sostenido y repetido que la poesía es para él, una cosa viva, íntima, real, sentida. Y el poeta descubre el corazón que oculta el hombre; nos habla de sus pesares y nos hace comprender su fondo de ternura, esa fuerza que va a mover su acción. Con él vamos entrando, pues, en su sentimentalismo. Lo vamos conociendo. Sin colorido, sin verdaderos destellos, sin la pasión ava-

salladora de ciertos espíritus privilegiados, Varela da en su libro su filiación netamente romántica, haciendo predominar lo subjetivo sobre lo objetivo, el fondo sobre la forma, y aun la pasión sobre la frialdad de ánimo y la sensibilidad sobre la razón. Pero todo ello con medida, como con límite. Tal vez, carece principalmente de firmeza. Hay algo impreciso. No tiene tono propio. Y, aunque no pertenece a ninguna escuela, su independencia no es de las que ayuda al alto vuelo. Tiene algo de Byron en "El canto del sepulturero"; en los "Cantares" recuerda la gracia, el tema y la forma de la antigua poesía española; y en todo, pero sin definirse mayormente, ha de hallarse un parecido con Heredia, el cubano. Pero no es un libro que pueda tener trascendencia, ni imponerse en ningún momento.

El volumen puede estudiarse como se estudia una fotografía, como un aspecto y una posición instantánea. No estamos ante el joven que íbamos descubriendo, ni menos ante el constructor sereno que hallaremos luego, y, esto no sucede porque sea hora de tránsito, ya que las cosas se entrelazan y se juntan y pasan casi a un tiempo, pero sí, porque nos hallamos ante una faz distinta, la del hombre melancólico, desencantado, impresionable, a veces sombrío, sin arrebatos, que siempre quiere creer, que siempre se empeña en esperar.

"Ecos Perdidos" es el desahogo del alma obsesionada por el desengaño y la soledad. Y todo en el libro es repetición: imágenes y temas.

Presenta la obra dividida en cuatro partes. La primera titulada "Palpitaciones", resume en forma doliente y sin relieve, sus canciones de amor. La segunda, "Meditaciones", está compuesta por poesías filosóficas, pero absolutamente triviales. La

tercera, que llama "El suicida", es una extraña página, casi incomprensible dentro de su modalidad. Y la última, la compone un cuento en el que narra en prosa y extensamente, el tema del desengaño.

Pero, en el libro hay versos que tienen que interesar: los de la piedad. Canta a menudo en el tono de la piedad cristiana y diciendo que Dios premia en el cielo a los que esparcen la caridad, que es fruto del amor. "Reza por los que tristes lloran", exclama en "La noche"; "Sufre con el que doliente sufra", insiste en "Las estrellas"; "Llora por los que veas llorar". Quiere la identificación en el dolor, la comprensión completa. Y en otro verso, "Inocencia", proclama a la caridad, bien divino. ¿No da, pues, todo el volumen, esa unión tan cristiana de la esperanza y la caridad?

"El pensamiento nos lo da el Hacedor.

Para saber buscar a los que sufren
Y prestarles amparo en su dolor"...

Y piensa también en los desgraciados a los que nadie ha amado ni ha llorado nunca, y en los que mueren sin tener a quien dar su último adiós. La caridad es la idea que enciende mejor su verso. Y, ese sentimiento que va a constituirse en la gran fuerza de su vida, ese sentimiento fundamental para su obra, se ve ya claramente. No se puede, sin embargo, prever cómo lo va a transfigurar ni tampoco que empieza a ser lo que Goethe llamara "pirámide de la existencia", pero ya comprendemos su manera admirable de sentirse hermano de los hombres.

Pero en su poesía interesa también la idea de soledad, tan cara a los románticos. E interesa, sobre todo, porque después va a parecernos llena de presentimientos, cuando escribe tan anticipadamente: "Sola mi alma, sola conmigo misma, vela y sufre"...

Hay, sin embargo, en el libro, un revés. La más vigorosa página, la página en la que Varela alcanza su mayor altura de poeta, es una extrañísima concepción, una poesía diabólica. Su héroe, el sepultor, ha sido forjado como personaje atrabiliario; perverso por oficio, insensible por hábito; figura torcida, endemoniada, que se complace en exhibirse monstruoso, y que con desenfado ríe de los muertos y del dolor.

"Yo con la cruz, el símbolo de gracia,
Que sirve de señal á un ataúd,
Hago fuego en mi hogar, en el invierno
Y me recreo en contemplar su luz".

Ese es el tono. Mantiene en toda la composición ese mismo tono de cinismo. Con palabras ásperas, Agustín de Vedia, sostiene que la originalidad es de Zorrilla. ¿Puede ser? Varela hace decir a su héroe que, para no tener que comprar farol, cubre su vela en las noches de viento con el cráneo del que quizá fuera un pensador. Y, aun le hace exclamar que, al oír la campana que anuncia la llegada de un cadáver más, él sólo piensa en sus ventajas y se apresura a agregar otro pan a su mesa, diciéndose que el muerto lo pagará. ¿Cómo explicarse que sea precisamente el poeta de la piedad, el que halle deleite en poner en labios de un personaje suyo, tan miserables palabras? Por eso es lógico que se busque una influencia, o se piense en una imitación. Pero asimismo existe la remota, aunque no desdeñable posibilidad de que, ese alejamiento, esa salida de su órbita, se deba a una violenta hora de reacción, de excesiva reacción, ya que en un artículo escrito en el mismo tiempo habla de su visita al cementerio "el día de la fiesta de los muertos", y todo se vuelve sangrante crítica. Acusa a los "hombres de tomar las lágrimas", de sentir a horas fijadas, de tremendas diferencias entre pobres y ricos hasta en el mismo campo santo,

y de Cristos de mármol negro para unos y de tosca piedra para otros. . . Allí puede estar la clave. Ha ahondado sus impresiones. Del sentimiento convencional que ha creído hallar, ha llegado a la negación de todo sentimiento, y ya en este camino, se le ha ido presentando el personaje de pesadilla de su poesía.

La crítica lo ha recibido severamente. Con absoluta unanimidad, la prensa se ha puesto frente al poeta; y Gonzalo Ramírez, que comenta particularmente el caso dice: "La población entera ha lanzado un grito de indignación contra el joven Varela".

El contesta. Y se escriben artículos que apasionan y hacen revuelo en el ambiente social. Sin embargo, no es para tanto. Pero no puede evitarse que sorprenda el verso audaz.

Varela, que, como periodista es un exaltado, no había dado nunca en su poesía ese tono de odio. Y si el país estaba ya acostumbrado a una prensa de batalla, no lo está, en cambio, a una literatura morbosa. Además, Varela se mantenía como poeta al margen de toda extravagancia. Sus páginas literarias iban siendo escritas dentro de los moldes de la estricta prudencia, casi dentro del más convencional sentido común.

¿Va a ser ahora en poesía también, un revolucionario? Por eso, cuando se lee la tercera parte del libro, que titula "El suicida", a pesar de ser la más inquietante de sus producciones, la calma vuelve a la sociedad, sólo porque él se preocupa de aclarar su posición, diciendo: "¿Será necesario decir que las ideas emitidas por el personaje imágico que habla en "El suicida", no son las del autor?" Y con la advertencia, la composición toma ya un sesgo objetivo. Ya no caben sospechas malevolentes. Se sabe que la desesperación es falsa. Pero, ¿se ignora hasta donde el tema le pre-

ocupa? Los mismos lectores pueden hallar en su diario, cómo al comentar el acto de un suicida, al comentar la muerte voluntaria, habla de "la santa religión de los corazones", y exalta a la víctima desconocida, diciendo: le debemos nuestras lágrimas como a un hermano. Pero, podrá creerse, es cierto, que sus palabras traducen únicamente piedad.

Sin embargo, en "La flor de la vida", su único cuento en prosa, muestra un escepticismo que, frase a frase, se va ennegreciendo. Y aquí también el suicidio es para él la gran epopeya de la desesperación, y le llama "himno al dolor". Pero está ya resueltamente en pugna con la sociedad, cuyas pequeñeces —dice— traquean al hombre, como los perros al jabalí. ¿No parece que algo hubiera desatemplado su espíritu? "Un hombre que desaparece es un lugar que se desocupa", exclama, añadiendo que, a medida que los hombres se van hundiendo en la muerte, la esfera de las aspiraciones se ensancha para que quedan sobre la tierra. ¿La amargura es simple desdoblamiento? ¿O piensa, como el otro, que su muerte también va a ser saludada con hurras? . . .

Posiblemente Varela no da su íntima verdad. Tal vez su pluma, de tintes tan insistentemente desesperados, sigue huellas, quizá las de Byron, al que acaba de traducir.

Cabe sospechar que Varela admira a Byron, aunque diga: cuando se le lee mucho se le encuentra falso. Pero, ¿no dice él mismo en este momento, que todo lo que se escribe es falso? ¿Es falso también lo suyo? Esto vendría a corroborar la hipótesis de que no da enteramente su verdad. Y se aclara así el enigma de porqué teniendo talento y

condiciones y tanta afición por las letras, no es escritor.

Está ya en la hora decisiva de su vida. Acaba de llegar a Estados Unidos. Va a hallar allí su meta clara, su alta meta. Va a alejarse de las sendas engañosas que seguía. Va a emanciparse de las aptitudes aparentes. Y, como si de pronto viera bien, rompe con todas las corrientes que iban apresurándolo hacia destinos distintos y como ajenos. Desaparecen los intereses del comerciante. Se borran los sueños del falso poeta. Abandonará a sus héroes, enfermos de dolor y obsesionados de muerte, y, si alguna vez llega a ser él quien tiene la pistola en la mano y piensa que necesita morir, no tramará argumentos ni creará héroes. Sus libros significarán, desde ahora, sólo acción. Las letras, los discursos, la filosofía, la política, dejarán de apasionarlo. Las perspectivas han cambiado y el tono es otro. Ahora todo será ya como si nada de lo demás hubiera sido. Se ha detenido de golpe. Y en su vida de escaso relieve, de pasos inútiles, de caminos desviados, de actitudes secundarias —orientadas hacia los cuatro frentes—, las posiciones teatrales irreductibles, cesan, como si se hubiera tratado únicamente de ejercicios de espera. Para él va a existir sólo una razón, en él va a crearse una energía central. Por eso se ha hablado de un azar. La brusquedad de todo ha hecho pensar en un azar. ¿Fue realmente un azar?

Cierto es que vivía dispersándose; que carecía de una idea centralizadora; y que pudo perderse. Pero, no ha de negarse que estaba, asimismo, animado por grandes impulsos. Y que, aunque cuando todo se volvía discurso, aun cuando no llegaba a la acción, acaso fuera porque no hallaba el verdadero interés. Y ahora es en Estados Unidos donde logra

pasar de los sueños a la verdad. Allí es donde toma contacto con los problemas activos. El país fuerte y realizador lo conquista y lo transforma, pero evidentemente, porque Varela tiene más condiciones de hombre de acción, que de pensamiento.

No hay que olvidar que el futuro reformador llega a ese país, después de haber recorrido Europa casi sin detenerse y sin haber dado a las cosas sino un nimio valor. Y que eso es lo providencial. Porque es extraordinario que, en medio de perspectivas fascinadoras, viajara como ciego, o desconforme con todo lo que viera, sin dejarse conquistar y como si hubiera existido un interés adivinado. El iba recorriendo el mundo como en etapas apresuradas, acaso sin saberlo, buscando su destino, y con una indiferencia, que iba siendo su fuerza. Por eso, desde la llegada a América todo se resuelve. Y era lógico que su encuentro con Sarmiento fuera decisivo. Pero su inmediata y fuerte influencia pudo existir, porque lo vocacional iba a hacer hondo el momento y apretado el lazo. Y, si así no fuera, si no hubiera existido la herencia pedagógica, y como un anticipado interés, ¿cómo comprender que fuera Sarmiento y no Víctor Hugo —su dios— quien cambiara su vida?

Pero los dos sudamericanos se encuentran en la vocación, hallándose ambos en el terreno propicio para obrar y ante realidades que los deslumbran, aunque deslumbren a uno primero que al otro. Esa razón es la que crea la influencia. Además, Sarmiento está ya en la plenitud de la vida y es de carácter fuerte e imperioso, y tiene experiencia y talento y condiciones de guía. Así, ambos comprenden que pueden y deben ser, maestro y discípulo, y que cada cual ha de dar y ceder lo que puede, si quieren edificar para el pueblo, y aun para el pueblo futuro.

La correspondencia que Varela enviara a "El Siglo", desde cada ciudad europea, toma nueva importancia y una aplicación de utilidad, porque deja de ser una mera crítica de observador despreocupado, para transformarse en idea que va facilitando un camino. Las notas del viajero nostálgico y desconforme, que penetra apenas los pueblos y que escribe superficialmente sobre ellos, adquieren de pronto un sentido promisor, y sus crónicas denuncian el culto que en él despierta el pueblo que marcha sin mirar nunca atrás. Esto lo cautiva. Admira el sentido moderno de sus costumbres y de sus enfoques, comprende sus orientaciones, su espíritu práctico, su manera afanosa, inteligente, de trabajar, sus doctrinas valientes, su dinamismo, sus elevadas inquietudes.

Alaba, entre muchas cosas, a la mujer americana. Con ella descubre a la mujer moderna, a la mujer del futuro; serena en la lucha, culta, valerosa, segura de sí, "tipo único, que no tiene ejemplo en el mundo, ni tiene tampoco quien la haya imitado". Y piensa qué otra cosa serían los pueblos del Plata si contaran con algunas mujeres superiores, como las que ha podido admirar.

Sobre todo, se maravilla al constatar que la mujer fuerte, puede no perder su femeneidad, y que la misma que ha visto en la tribuna dominando a las muchedumbres, es deliciosamente frívola, que viste con elegancia y actúa con gracia y coquetería, como la más simple y mundana de las mujeres. Se sorprende agradablemente al hallarla apartada en absoluto de su personalidad, sin su energía de "leader", casi tímida, como si careciera de convicciones y no estuviera empeñada en una lucha política o social. Y cree que esas mujeres son las que pueden transformar un pueblo.

Más tarde, al llegar a Montevideo, tratará de crear el clima propicio a la acción de la mujer.

Y paralelamente a sus teorías sobre educación y enseñanza, pondrá en práctica iniciales ideas de feminismo, no vacilando en romper con la rutina. Está convencido de la eficacia con que la mujer va a ayudar a su obra, sino con el impulso determinante y generador, con una fe purísima, con desvelo inigualado, y una constancia que no se agota y, esas condiciones de fidelidad, de desinterés y de abnegación que constituyen la fuerza y la flaqueza de la mujer. Y entonces, dirá, repitiendo palabras de Dantón: "No haremos nada si las mujeres no están con nosotros".

Cuando Sarmiento apresura su regreso, por haber sido proclamado por sus compatriotas para ocupar la presidencia de la República Argentina, Varela resuelve acompañarlo. Para el argentino era la hora de actuar; pero el uruguayo está todavía al comienzo de su vida. Sin embargo, ya no se encuentra entre perspectivas vacilantes; ya todo para él también está resuelto, todo terminado. Debe dedicar su vida a la educación.

No ha de desaprovechar entonces la larga vuelta que puede hacer al lado de quien es ya su amigo y su maestro. Sabe que conviene prolongar las instructivas conversaciones. Comprende que ante obra tan urgente, el tiempo es siempre breve. Y que hay que consolidar su preparación, afirmar sus aptitudes, transformándolas en facultad creadora, poseer la seguridad y el dominio que puede llevar a la actitud ejecutora. Y juntos continuarán dando forma a los proyectos salvadores bajo los cielos distintamente estrellados; juntos los discutirán a la sombra del velamen hinchado por los vientos; y, en la afinidad más completa, tratarán tema a tema y punto a punto, en los interminables

días sin costas, en los rojos ocasos, apartados, ensimismados.

Es agosto de 1868. José Pedro Varela llega a Montevideo en momento muy poco propicio; el día en que Ramírez denuncia en su diario "la paz octaviana" en que vive el país. Desde que corrieran las voces del asesinato de Flores y un gobernante "inepto para mandar, inepto para gobernar e inepto para vencer", como dijera uno de los órganos de la prensa, no puede impedir que se prolongue un creciente estado de alarma y de desorden, toda alta manifestación de cultura, de progreso o de civilización, es escuchada por el pueblo, como fuera de lugar. Las multitudes desoyen toda cuerda palabra, se dividen por fatales divisas, se obstinan en errores. Y Varela llega para hablarles del bien de las generaciones futuras, y de programas de acción, difíciles de imponer, aún en días de paz cristalizada.

Pero llega tal vez sin querer ver, apasionado con sus ideas y dispuesto a trasmitirlas. Viene categórico. Se ha vuelto imperativo. Quiere dar a su patria un acento verdadero de civilización.

Ha adquirido la convicción profunda, inmovible, de que no habrá república, ni democracia, ni nación, mientras no se eduque al pueblo. Y está ahí, frente al pueblo caótico, dispuesto a luchar. Aun no conoce la negadora indiferencia. No conoce todavía las rastreras pequeñeces, ni se ha hincado en él el dardo de la malevolencia.

Más tarde, sin embargo, va a decirse que "tuvo el don de la oportunidad"...

Varela es eficaz, llevando todo en contra. Actúa en el peor momento. Precipita los sucesos sin esperar la hora. Pero lo hace con talento realizador. Aborda la obra saltando vallas y desdeñando

estorbos. Y se presenta con aptitudes de luchador. Por eso se anima a hablar de los ciudadanos de mañana, en medio de aquel desánimo y de aquella anarquía, exclamando con seguridad, que, cuanto más grande sea el mal que deba remediarse, tanto mayor debe ser el esfuerzo.

Y a los dos o tres días de llegar, escribe ya un artículo sobre Sarmiento y la verdadera demagogía. ¿No ha venido a abrir caminos y a liberar a los hombres? Y ya declara que "la educación es lo que nos falta", —añadiendo— "pero la educación difundida en todas las clases sociales, iluminando la conciencia oscurecida del pueblo y preparando al niño para ser hombre y al hombre para ser ciudadano!"

Una república precisa un pueblo culto —dice ya entonces—, porque precisa de la colaboración de todos. Y demuestra que el pueblo ignorante es el que conviene solamente a los gobiernos despóticos. ¿Cómo no ver con él que "hay un mal inmenso, terrible, en esa ignorancia que nos invade, que nos ahoga"? Y en todos los tonos lo repite. Y cita a Garfield, demostrando la verdad de sus proféticas ideas e insistiendo con él, en que si al pueblo no se le educa en la escuela de la virtud y de la honradez, él acabará educándose en la escuela del vicio y de la iniquidad.

En el Uruguay, el pueblo responde a sus palabras. Responde tal vez mejor de lo que podía esperarse. Los problemas que él plantea desplazan inmediatamente a los demás problemas. Se hace a su alrededor una actualidad candente. La prensa aborda las cuestiones de enseñanza en artículos de fondo; se le discute en la calle, en los salones, en las oficinas, en los cafés. La enseñanza es ya el tema de todos. Pero es él, únicamente él, el promotor de ese entusiasmo, de ese interés. Sus artículos han provocado artículos. Sus informaciones se ala-

ban y critican, se comentan y discuten, sintiéndose todos con algo de pedagogos. ¿No ha hecho que sea el momento de actuar?

Varela sabe ahora que debe aprovechar ese entusiasmo, y, antes del mes de su llegada, se anuncia una lectura sobre educación, para la que invita el Secretario de Instrucción Pública.

Tiene recién veintidós años. Y está ya frente al público.

Es pálido. Esa noche parece más pálido. De ojos oscuros, profundos, dominadores; es moreno de piel, de frente despejada y cejas bien dibujadas; con rasgos finos; pronunciada la nariz aguileña; la boca incorrecta; la melena abundosa, ensortijada y negra; y encuadrando el rostro juvenil, lleva una barba de mesías, que da respeto y a un tiempo quita frescura a la fisonomía. Sus modales son caballerescos, medidos, dignos, sobrios, casi parcos. Viste con pulcritud, y es cuidadoso más que elegante. Lleva su levita oscura y su corbata negra y, su irreprochable chaleco blanco, ornamentado con una cadena de oro.

Sube por primera vez los peldaños de esa tribuna, pequeña y redonda, con baranda a modo de balcón, desde donde hablará ya siempre. Su voz es sincera. Se expresa sin frases escogidas, llanamente, con seguridad, y su fe conquista las voluntades del público. No posee la palabra perentoria y encendida que tuviera Melchor Pacheco y Obes, ni la elocuencia de Carlos María Ramírez, ni conquista al auditorio, avasallándolo, como lo hará Julio Herrera y Obes; ni tiene las dotes de gran tribuno que van a distinguir a Juan Carlos Blanco. Al contrario, su voz es opaca y monótona y, hasta pronuncia las palabras sin mucha claridad. Pero

basta lo que dice y la fe que pone en lo que dice, para catequizar al público.

“Mi trabajo es hasta cierto punto estéril, vengo a predicar a convencidos”, observa con agilidad y razón, al encontrarse ante un público de neófitos. Porque a la cita han acudido los que han leído sus artículos, los que han conversado con él, y los que están dispuestos a secundarlo y ya se sienten colaboradores suyos.

Alfredo Vásquez Acevedo, que es uno de los concurrentes, anotará un día en sus memorias íntimas: “Fuí de los primeros en secundar a José Pedro en su empresa útil y patriótica por inclinación natural a la causa de la educación”. Carlos María Ramírez, que entusiasmado por Varela, ya ha escrito comentarios sobre el ejemplo americano, y que es su más decidido partidario, dirá esa misma noche, apoyándolo, al elogiar la Reforma: “Es la más grande, la más noble, la más cristiana de las obras”.

Pero una renovación de tanto aliento y de tan grandes perspectivas, precisa algo más que de un grupo de escogidos partidarios. Y un reformador, aunque consiga ser escuchado, aunque se sienta alguna vez apoyado, sabe que ha de ser —a lo largo de una obra pesada— un hombre aislado, que ha de cargar con los errores, que tendrá que resolver solo las dificultades, que no deberá detenerse, ni esperar ayuda ni reconocimientos, porque el entusiasmo es siempre breve, y porque en la balanza de los elogios y las culpas, pesan siempre más las culpas. Pero él está resuelto y pronto, y nadie podrá ya aventajarlo en el camino del sacrificio, y del vivir austero, ni en el darse totalmente a un ideal.

Con su lectura enfoca la visión social del continente, y hace un cotejo entre América del Norte y América del Sur: la primera culta, civilizada, progresista; la segunda, ignorante, embrutecida, caótica. Muestra cómo se han establecido diferencias, separaciones; de un lado el bien y del otro el mal; el orden y el desorden; la elevación de espíritu, la conciencia y la medida, y el desenfreno de las pasiones. Luego demuestra que, males iguales, sentidos por veinte millones de hombres esparcidos en inmensos territorios, tienen que tener, lógicamente, una misma causa. Y la causa es la carencia de educación —dice—. Ese es el mal de la América del Sur. “No tenemos hombres preparados para ser ciudadanos que sepan cumplir sus deberes y que hagan buen uso de sus derechos”, exclama, y demuestra que ni la democracia ni la república, pueden existir sin cultura... Es la opinión pública la que lleva a las Cámaras y al Gobierno a los hombres encargados de dictar las leyes y de regir al Estado; y la opinión pública será ilustrada y justa, cuando el pueblo sea justo e ilustrado; será confusa y mezquina, cuando el rayo bendito de la educación no haya disipado la ignorancia popular”. ¿Lo han comprendido? Pero asimismo él advierte que no es el hecho material de aprender a leer y escribir, lo que da a la escuela su fundamental importancia en el desarrollo de la sociedad, sino los beneficios indirectos que de ella se reportan. Y con claridad, con evidencia, habla de los efectos que la sociedad y el país recogen al ilustrar al pueblo. La escuela, exclama, no es sólo un ejercicio para la inteligencia, es también una disciplina, y es, además, un importante principio nivelador, porque “la escuela común tiene en las democracias la inmensa ventaja de aproximar y fundir las clases sociales”. Pero esta concesión, ese posible concurso de todos los ciuda-

danos, ese derecho a influir directa y poderosamente en la dirección de todos y de cada uno de los problemas que interesan al país —como dice— hace necesaria la preparación de los hombres, por lo cual exige que la cultura sea llevada hasta los más apartados rincones de la campaña.

Además, como observa, la educación ha de hacer de fuerza generadora de orden, porque si el hombre no obedece voluntariamente sino a lo que cree justo y sí para respetar la ley, es necesario que el pueblo comprenda que es justa, para que lo comprenda, forzoso es también que esté educado.

Llega así, pues, por todos los caminos, a la demostración evidente de que es preciso educar. El auditorio sigue atento a sus lecturas. Lo oye aprobándolo. Sabe que tiene razón. Pero ha de sorprenderse cuando de pronto él exclama: “Hace mucho tiempo que hablamos. ¿Cuándo empezamos a obrar?”...

Hace sólo un mes que llegó. ¿Es a esto a lo que llama mucho tiempo? Tal vez sí. Porque tiene prisa; es espíritu dinámico y de empuje, y es también una fuerte, autoritaria, voluntad.

Carlos María Ramírez le sigue en el uso de la palabra, pronunciando una brillante alocución en la que desliza esta advertencia: “La gran limosna de los ricos a los pobres debe ser la educación”. Luego sube a la tribuna Elbio Fernández y, después, todos de pie, cada uno desde su sitio, hablan en voz alta. Alguien pide entonces que presida la discusión Juan Ramón Gómez, y así se hace. Pero la asamblea continúa entusiasmada, expresándose con palabras ágiles y cálidas, llenas de buena voluntad. Para todos, la Reforma es magna obra, obra patriótica. ¿No es ya el triunfo?

Ha sido como el estallido de una gran esperanza. Y si como en la batalla romántica del teatro francés, en la sala de la Universidad se ha jugado un destino, se ha ganado una victoria fulminante, pues de hecho ha quedado establecida la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, que pocos días después queda solemnemente fundada. Y allí mismo, firman, a manera de acta, un compromiso inicial, Juan Carlos Blanco, Eduardo Brito del Pino, Elbio Fernández, José Pedro, Gonzalo, Carlos María, Octavio y Juan Antonio Ramírez, Juan Ramón Gómez, Pablo De-María, Alfredo Vásquez Acevedo, Emilio Romero, Carlos Ambrosio Lerena, Francisco Bauzá, Constancio Vigil, Carlos María de Pena Jacobo A. Varela y cien más.

Tiene ahora ya de su lado a los jóvenes. De ellos esperaba todo, y ellos le han respondido. Sabía que un pensamiento audaz y de aliento no podía prosperar, sin la valentía de las mentalidades nuevas, de los que aun no conocen el desánimo y mantienen íntegra la fe. Por eso los buscó. Y por eso, hace un momento todavía, les recordaba: "Hombres jóvenes han sido siempre en todas partes los que han levantado el estandarte de la civilización, los que han hecho progresar las ideas y han hecho transformarse a las sociedades"... "Hombres jóvenes eran los que empezaron a predicar en el Monte Calvario esa sublime doctrina que ha resistido diez y ocho siglos al choque de todas las pasiones y al embate de todas las tormentas". Y, ahora, rodeado de jóvenes, va a ir preparando esta redención del pueblo por medio de la educación. Y todos están decididos, entusiasmados; están llenos de confianza. Sin embargo, pronto tendrá que

decirles: "No debemos desesperar"... Pero, aun no, aun no desesperan.

¿Cómo ha podido crear en un pueblo indiferente a estos problemas, esta actitud constructiva? ¿No es extraño y sugestivo que un momento de apatía y desengaño, haya sido escuchado? ¿Qué condiciones posee para ello? ¿Por ventura, alguna vez basta para convencer, únicamente, tener razón?

Alfredo Vásquez Acevedo, que va a ser uno de sus más eficientes colaboradores, lo describe: "dotado de una gran facilidad para hablar y para escribir, de una inteligencia privilegiada, de una fuerza poderosa de asimilación de conocimientos y de un carácter enérgico y perseverante". Y es así. Sostiene, pues, todos los ánimos; mantiene el peso de todas las resoluciones; cumple la mayor parte del trabajo, y, de tal modo, va a estar desde ahora identificado con la idea, que la sociedad, en verdad, va a ser él.

Pero todo no es elogio ni apoyo. Tendrá opositores, aparecerán enemigos; se le hará la guerra. Y en la prensa se publicarán artículos en los que L. H. y O. puntualizará desacuerdos. Lucas Herrera y Obes, que firma así, se presenta a defender a la aristocracia retrógrada. Está contra el pueblo. No quiere que se le eduque. Sostiene la necesidad de que existan diferencias sociales. Quiere privilegiados. Desprecia a las masas. Y, pregunta: "Cree usted que necesitamos mezclarnos en la escuela con el campesino o con el proletario, para hacerlo nuestro amigo de la infancia?" Y luego en el mismo tono, encastillado en su posición, continúa el ataque con esta frase: "No es la pesadilla de

nuestros padres, nuestras amistades de muchachos con los mulatillos y los pilluelos?”, agregando: “En nuestro modo de ver, lejos de fomentar el sanculotismo, yo creo que es conveniente conservar las clases sociales en cuanto son necesarias para la conservación de la sociedad”.

Varela contesta. Los argumentos de la crítica hacen más simpática su doctrina, al poner en transparencia su bondad. “Yo no quiero fomentar el sanculotismo; al contrario, quiero destruirlo”, dice Varela. “Pero en vez de hacer que los niños se mezclen con los *mulatillos* y los *pilluelos* en la plaza pública, anhelo que los *mulatillos* y los *pilluelos* se mezclen con los niños en la escuela común para dignificarse y mejorarse”. Y así, con los propios términos del otro, demuestra la sinrazón de aquella posición egoísta y unilateral.

Como se ve, ha tomado por suya la causa del pueblo. Y al tomar su defensa, pide que no se confundan los términos, pueblo y populacho. Uno, dice, es la parte inteligente de la humanidad, que piensa, razona, medita y es fuente de virtudes, y la otra, es elemento de desorden, “escoria ignorante de las poblaciones”, propensa siempre al vicio y al crimen. Y lo que quiere, es precisamente, levantar el populacho al nivel del pueblo. Esa es la misión de la escuela. Su justicia niveladora, no busca descender hasta donde han descendido los hombres, sino elevar, elevar a todos.

Sin embargo, su antagonista, vive en otro tiempo, y aun está enamorado de las castas. Y para mantenerlas, habla del ideal de educar en familia. ¿Para ahondar aún más las divisiones? Pero Varela cree que esos privilegios estúpidos son los que impiden la marcha regular de la República. “Nuestra existencia será precaria y desgraciada —afirma al contestar— viviremos en medio del desquicio y

del caos, mientras todos los hombres no vayan a prepararse para la República, todas las inteligencias a dilatarse, todos las razones a purificarse en la escuela común”.

Y así va evangelizando entre los que se debaten en la oscuridad de su tiempo. Va defendiendo la causa de los humildes. Va creando la igualdad.

Su centro de lucha es la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. Allí se realiza lo que en las demás partes se discute. Su labor, pues, es allí abrumadora, pero está sostenida por el entusiasmo, aunque sellada también por la modestia. Por eso ha cedido la presidencia de la comisión a Elbio Fernández, y desde su cargo de secretario, dirige, resuelve y domina, porque nadie sabe lo que él sabe, ni está ninguno en condiciones de abarcar todo su plan, ni en la amplitud, ni en los detalles. Pero, como es lógico, se suscitan, asimismo, discusiones. Hay discrepancias, aun dentro de la mayor armonía. Y en una de las primeras sesiones, al leerse la circular —que se le encomendara al otro secretario, Carlos María Ramírez— ha de tratarse ya un tópico que apasiona: el respeto a las ideas ajenas. Ramírez, al defender la escuela laica —que es la escuela que proyecta la comisión— ataca a la religión católica. Se levantan voces de desacuerdo y voces de apoyo. Hay también voces diplomáticas, que no quieren herir, que temen herir, que temen hacerse mal hiriendo. Y, luego la de Varela, que plantea el asunto en otros términos, no contemporizadores, sino justos; en términos firmes y, asimismo, respetuosos; en términos claros, precisos, categóricos, y que ya no tienen que discutirse más: “escuela laica no quiere decir escuela atea”. Estar fuera de la religión —advierte— no significa embanderarse en su contra.

¡Qué lejos ha quedado ahora aquel tiempo de su periodismo ensañado! En dos o tres años, Varela ha tomado altura y habla con dignidad de hombre maduro. Es ya un espíritu sereno, equilibrado, comprensivo, tolerante. Sostiene la escuela laica sin odio alguno; la sostiene por respeto; para que no se impongan determinadas enseñanzas a quienes no posean determinadas creencias. Pero, no se opone a que fuera de clase, —es decir fuera de hora— se den allí mismo, principios religiosos y se enseñe catecismo a quienes así lo deseen. Y por estar en esa posición es que propone que la religión se enseñe en clase, en forma filosófica. ¿Qué intereses han hecho que, más tarde, todo esto sea tergiversado? Por eso Giorgi, en su importante estudio sobre Varela, al poner las cosas en su sitio, destaca que “de ninguna manera puede afirmarse que ellos —se refiere a los miembros de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular— quisieran hacer de la escuela una institución atea, deliberadamente orientada a negar toda noción de la divinidad”, y demuestra que, “al contrario, los hombres de esa generación, aunque anticlericales, poseían una religiosidad hondamente sentida”, añadiendo: “Sería negar los hechos sostener lo contrario”.

Ahora la obra de Varela pertenece al dominio público. Ha interesado a todos. Posee su lista de socios protectores. Recibe continuas donaciones. Recientemente, Gottchalk, el famoso pianista americano —que desde hace algún tiempo reside en Montevideo—, interesándose por la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, ofreció a su beneficio un concierto, con el que se ha logrado reunir la suma de mil pesos. La policía, por su parte, ha cedido a la comisión el producto de una alta

multa cobrada en la Plaza de Toros. Y, desde los más diversos sectores de la sociedad, llegan apoyos siempre oportunos, aunque no siempre importantes. Una tarde, mientras Varela trabaja en su despacho, le anuncian que dos hombres quieren hablar con él. Y apenas levanta la vista, los ve ya allí, arrinconados, saludando con cortedad y como pidiendo disculpas. Llevan ropa pulcra y raída; ambos tienen los rostros lustrosos de sol y de jabón; y entre las manos, como ruedas alocadas, dan vueltas sus sombreros, a manera de elementos salvadores. ¿Qué pueden querer? Hace dos días que preparan la visita, y aún se miran para animarse a hablar. Pero ya tartamudeando empieza a explicarse el que parece más importante y que es el patrón de la barca.

En el último temporal, y estando ellos ya de vuelta en la costa, presenciaron el naufragio de un buque, que las olas llevaron contra los arrecifes. Y, decididos, se lanzaron ambos en su pequeña barca, mar afuera, afrontando peligros y rescatando de este modo, algunas vidas. Por su heroísmo recibieron dos águilas, que llevan allí y no saben cómo dar. Quieren contribuir, ellos también, a la fundación de la escuela. Y dan así lo que tienen y, que más que otra cosa, es su gesto cordial, su buena voluntad, su sacrificio. De las múltiples donaciones que se reciben, posiblemente ninguna es tan emocionada, y en ninguna otra puede medirse tan bien el interés que ha ido despertando en el pueblo la futura escuela.

Pero no es solamente en Montevideo donde el entusiasmo cunde. La campaña también responde al llamado de los iniciadores de este movimiento. Y en Nueva Palmira se funda ya una sociedad filial de la de Montevideo, siguiendo su ejemplo otras ciudades, de los distintos departamentos. Ya se habla por todas partes de fundar escuelas y de

abrir bibliotecas, y la idea parece entrar resueltamente en su etapa constructiva.

También se ha llamado a concurso para el anteproyecto de una escuela modelo a instalarse en Las Piedras. Sin embargo, agobia al país la más grande crisis económica, y persiste el malestar político. Pero en Las Piedras se levantará un edificio cómodo, soleado, alegre, acojedor, atrayente —como quiere Varela— que sirva, también, como dice, para completar la belleza tranquila y sencilla de un paisaje campesino.

Y estudia las bases, resuelve los detalles, atiende el conjunto, a lo arquitectónico, lo pedagógico, y aun lo económico. Sin embargo, nadie se presenta a su llamado. La amenaza de una guerra ha venido a desbaratar momentáneamente sus caros planes. Parece que todo va a tener que detenerse. Sus amigos están en la inevitable otra cosa. Y únicamente él continúa. Está así ahora solo, de pie, en medio de aquel desánimo, entre la indiferencia de los otros, en el olvido, y está, asimismo, como antes, con la fe encendida, como va a estar siempre.

Sobre la tumba de Elbio Fernández, que acaba de morir, José Pedro Varela pronuncia augurales palabras, además de consoladoras palabras. A manera de acto de fe proclama en el mismo cementerio, su voluntad de proseguir, ahora más que nunca. Está firme, como un vivo ejemplo de fe y de idealismo, y habla con acento cada vez más persuasivo, con voz cada vez más convencida, como si nada de lo que está ocurriendo, ocurriera. “Mientras la educación no disipe las tinieblas de la ignorancia popular; mientras que el gaucho vegete inculto y desordenado en nuestros campos, y el proletariado exista sofocado y embrutecido en nuestras ciudades, la montonera se pasará triunfante por nues-

tra campaña, saqueará nuestras ciudades, destrozará nuestra felicidad y hará inútiles e ineficaces nuestras instituciones liberales”.

En aquella vuelta al peligro, su voz sin eco, es ahora de nuevo la única. “Eduquemos al niño, —continúa diciendo mientras la revolución avanza—; conquistemos al hombre, para la libertad y la justicia, para la virtud y para el bien”...

Pero nadie escucha. Ya no podrá fundarse la escuela de Las Piedras. Su insistencia parece ahora locura. ¿No hay por los campos, partidas revolucionarias, assolándolo todo? Por eso ha de pensarse en otra fundación, que levantará allí donde un crucifijo indica la caída de Maciel, en la que mucho tiempo después será zona universitaria.

Y levanta la escuela en plena guerra, sabiendo que apenas terminado el edificio, tal vez deba cerrarse, pero porque sostiene que aun así va a tener un valor efectivo, de reclamación y de esperanza. Y dice: “Si en medio de las continuas convulsiones que nos agitan, la ola de las revoluciones al pasar, llevara al maestro y los niños, arrojando al abismo el porvenir de toda una generación, no hay que olvidar que sobre las ruinas del naufragio se mantendrá el edificio de la escuela como una protesta muda pero elocuente, aun cuando esté abandonada y sola”. Y funda entonces el primer colegio, mientras un aire bramador corre por la ciudad.

Todas las calamidades se han desatado sobre el país. Una desastrosa maquinación financiera amenaza con la ruina total: los bancos cierran, los industriales quiebran, el comercio empobrecido, se mantiene cauteloso y casi temeroso, los señores acaudalados —como malhechores— esconden sus fortunas, y el pánico cunde. Además, abiertamente

ha estallado ya, la anunciada revolución militar. Y el desconcierto es mayor, porque se han tomado las armas para "apoyar a los sediciosos de las finanzas", como se dice. El pueblo arde de inquietud. Y entre los derrumbes, entre tanta desconformidad, cuando el gobierno no aplaca los ánimos, aceptando que el Ministro de la Guerra se declare neutral, Varela, fantasmagórico, sigue hablando de educar. Sólo la educación terminará con las rebeliones, dice —como a gritos— en medio de la confusión; sólo la educación puede llevar al orden, al progreso, al bien, a la paz!

Jamás sonará para él la hora del desánimo. Impertérrito, amplía su radio de acción, y, aprovechando las circunstancias hostiles, va a completar planes, preparando esta vez textos de lectura, traduciéndolos con Emilio Romero y organizando prácticamente la nueva enseñanza. Entre los libros que traduce, el que más importa conocer es el "Manual de Lecciones sobre Objetos" de Calkins, un autor lleno de conocimientos modernos y prácticos, al que Varela da mucho valor. Pero, además, en la Sociedad de Amigos de la Educación Popular ha iniciado, con los colaboradores que se han mantenido fieles, un ensayo de clases, a la que prestan su concurso, haciendo de discípulos, estudiantes de la Universidad. Alfredo Vásquez Acevedo lo acompaña allí, dictando un curso de Instrucción Cívica; Emilio Romero dando Geografía y Composición; Carlos María de Peña, como profesor de Economía Política; Francisco A. Berra, de Pedagogía; y él mismo da esas nuevas lecciones sobre objetos, que constituyen el módulo revolucionario de su sistema. Y entre los improvisados maestros, María Stagnero de Munar, una maestra joven, empieza a dar sus primeras clases.

Varela, trabaja ahora intensamente, y emplea sus veladas en discutir y ajustar planes, con su hermano Jacobo y con su hermano político, Alfredo Vásquez Acevedo. Sus dos compañeros poseen también una evidente inquietud pedagógica, como más tarde habrán de demostrarlo, y secundan sus tareas llenos de buena voluntad e inteligencia. La colaboración es perfecta, reinando una armonía sin sombras, ya que a pesar de actuar en partidos distintos y en momentos de tanta excitación, el afecto, la comprensión, la comunión de pensamientos y el interés de la obra emprendida, colocan en un segundo plano los desacuerdos políticos. Pero de los tres, uno sólo es el obsesionado, uno el que dirige, y él que, como un místico, se da enteramente a una convicción.

Los otros lo reconocen, pues, como director; aprecian su superioridad, y, sin por eso creerse disminuidos —porque en verdad no lo están— participan de sus entusiasmos y los sostienen, y se adaptan a su lucha. Pero a estos y a los demás colaboradores, Varela los escucha. Su autoridad es siempre conciliadora. Admite objeciones y sigue consejos, tal vez porque tiene un entendimiento superior, que ayuda a enriquecer sus proyectos y a no aferrarse a ideas ni a encastillarse nunca.

Por eso también estudia siempre. Sigue la marcha de todas las innovaciones y adelantos pedagógicos, y se mantiene en una búsqueda permanente. Sabe que los diarios extranjeros, las revistas, los libros nuevos pueden ofrecerle motivos de interés. La reforma es una idea en marcha, no una idea detenida, no una idea cristalizada, y cada día ha de agregarse a ella una forma más, una solución mejor, observaciones que perfeccionan los planes, por el cual hay que estar alerta, pronto a instruirse.

Un día, que va con un viejo maestro, en comisión a inspeccionar una escuela, al retirarse, descubre una pequeña, desvencijada biblioteca, en un rincón del escritorio del director. Con su desasosiego de encontrar algo más, interrumpe la conversación, tomando inmediato contacto con los libros. La atracción de los libros es fuerte, y éstos lo conquistan, aun allí, en esa pobre biblioteca.

El director baja la cabeza, no sintiéndose orgulloso de ser el propietario; y el otro lo observa. ¿Qué puede haberle interesado? Varela recorre los estantes; no hay nada. No, no puede haber nada. ¿Busca usted algún libro?, pregunta al fin el maestro, su compañero de misión. —Estoy viendo si hay algo que no haya leído... Siempre hay algo nuevo... Pueden haber cosas de interés...

El otro no comprende. Tal vez tiene ya en el fondo una gran desilusión. —¿Precisa Ud. leer tanto? ¿Para qué?

Sin mirarlo, pero con la risa en los ojos, y en la voz una humildad exagerada, contesta Varela: "Como he sido encargado de formular un proyecto de reglamento, busco todo libro que pueda servirme para ilustrar en la materia y proceder con más acierto"...

Pero al maestro no debe parecer este argumento de peso y, con réplica ligera, y también confiada, como hombre de sobrada suficiencia, contesta: "Pues yo no he leído ningún libro sobre educación, y, sin embargo, tengo ya formulado un reglamento de escuelas que estoy seguro de que es lo mejor que puede hacerse en este país". Y ahora es ya difícil no reír. Pero Varela, con seriedad, con una sarcástica seriedad, hablando de nuevo en el tono de sus días alegres, le dice: "Dichoso usted, a quien le basta con su cosecha propia para proceder con acierto en materia tan difícil y acerca de la que tanto se ha trabajado y escrito". Y mien-

tras el otro se regocija, él, modestamente sigue buscando libros y leyendo títulos, empeñado en aprender para que no enseñen los que no saben.

La Escuela Elbio Fernández, —como ha de llamarse la primera fundación, en memoria de su presidente recién fallecido—, se inaugura con un acto solemne. Un público intelectual, distinguido, curioso, interesado, acude a la invitación de los dirigentes. Se admiran como novedades los mapas que adornan las paredes de las salas de clase. Se comentan los carteles de estudio. Y atraen la atención, muy especialmente, las pizarras que acaban de llegar de Estados Unidos y de las que ha habido que ceder algunas al Gobierno, para ser utilizadas en sus escuelas. Algunos miembros de la comisión y los maestros que los acompañan, explican al público los adelantos que van a imponerse y que constituirán lo que habrá de llamarse después sistema vareliano: la substitución del silabeo por el sistema fonético, las lecciones sobre objetos, la supresión de las lecciones de memoria, el modo de clasificar a los alumnos para dar más coacción a las clases, —sin admitirse que un niño esté en un año de gramática y en otro de geografía, por ejemplo— y advirtiéndole que van a ser abolidos los castigos corporales y afrentosos. La concurrencia se interesa por todo; comprende los adelantos y alaba hasta lo que no comprende.

Cuando la visita ha terminado, José Pedro Varela, desde el estrado, se dirige al público, diciendo: "No sería mi voz débil y sin autoridad la que resonase en este recinto, no sería yo el encargado de dirigiros la palabra, si los designios inescrutables de la Providencia no hubiesen venido a arrebatarnos, en lo más brillante de su juventud, en la aurora radiante de un gran día, al joven ilustre cuyo

nombre y cuyo recuerdo hemos querido vincular a la primera escuela que establecemos..." Decía verdad y eran justas sus palabras, pero no así ya cuando por modestia añade: "Nos sentíamos robustecidos en nuestra fe, nosotros, los débiles, los desalentados, los tristes... Al contacto de su gran espíritu, nos sentíamos reanimados en nuestras esperanzas... y uníamos nuestros esfuerzos a sus esfuerzos... cuando su inolvidable pérdida vino a arrojar sobre nuestros hombros la pesada carga".

Pero, aun antes de morir Elbio Fernández, Varela era todo. La obra había sido realizada casi íntegramente por él, por él solo, y como Carlos María Ramírez lo dijera, era yunque y martillo de todos los trabajos. ¿No es curioso, pues, ese placer o ese interés de disminuirse, de restarse importancia, de despreocuparse de la popularidad? No le importa que se sepa que la obra es suya. Solamente le interesa su triunfo, que triunfen sus ideas, y es generoso con sus colaboradores y está pronto siempre a repartir los triunfos.

Esta manera modesta de proceder y de borrarse, hace que gran parte del público lo desconozca. Y de ahí que ahora, cuando unos ricos señores, con gustos de mecenas, proyectan fundar en Colón, una escuela modelo, van a acudir para ello, a Emilio Romero y no a José Pedro Varela. Y, sin embargo, será esa ocasión, que llegará como de soslayo, la que le ofrecerá oportunidad de escribir su magnífico estudio "La educación del pueblo", con el que asombra a los educadores argentinos, y que premia Chile.

Pero esta labor y la otra, han de realizarse como sobre un volcán. Un malestar agudo reina en el país. Ya no va a ser posible desentenderse de los sucesos. Y él mismo se verá arrastrado, obligado a desviarse. Funda por eso un diario, "La

Paz", haciendo aparecer después una segunda edición del mismo, al que llama "El hijo de la Paz". Y está así de nuevo en el periodismo, embanderado en la política sin embanderarse en ninguna tendencia, defendiendo la causa pública y dando a todos golpes, y recibéndolos de todos. Ha adoptado esa posición independiente, aunque no es cómodo hallarse aislado, sin respaldo partidario, y sin ambiente. Pero no busca conveniencias, y como los Ramírez, desde "El Siglo", hace una campaña de verdadero patriotismo, republicana, de depuración, honesta y de principios.

Y no se ahorra disgustos. Porque sus artículos suelen ser violentos, como los de antes. Aún son más hirientes, ya que su pluma no sabe medirse. Uno de los últimos editoriales, pues, "Las mazorcadas", hace correr frío por la ciudad. Y al día siguiente, publica uno más bravo aún, que titula "Los miserables", y que quienes lo leen, ya presagian lo que va a suceder. Pero es con un nuevo artículo que culmina su campaña. Así, un día después, al publicar el que lleva por título "¿A dónde vamos?", recibe orden de prisión y, con otros periodistas, es desterrado a Buenos Aires.

Su diario, naturalmente, deja entonces de aparecer, pero no sin haber logrado tirar un número más, que lleva como editorial una columna en blanco, debajo del sugestivo título de "La situación".

Más tarde, alude al suceso escribiendo en su diario íntimo estas lacónicas palabras: "En 1869, fui preso por causas políticas, sin agregar ni un comentario, ni una censura.

Ya está en Buenos Aires, río por medio de las apremiantes imposiciones políticas, forzado a la inactividad; pero dispuesto a dedicar ese largo y

triste tiempo libre para ordenar su obra. Y en ella vuelve a ensimismarse, al extremo de que ya empieza a dejar de existir lo demás. Casi no lee los diarios, recibiendo una correspondencia sin interés, porque la otra es detenida por la censura, y manteniéndose en una lejanía, que él vuelve fecunda. Y está en eso, cuando llega a sus manos una página en la que se desliza a su propósito la palabra "cobarde".

¿Por qué? Amigos y adversarios lo saben: Varela se ha declarado contrario al duelo, y esto ha bastado para convertirlo en un blanco fácil, cómodo, de los periodistas que pretenden sentar fama de valientes. Pero esto no puede continuar. Y Julio Herrera, con el pasquín en la mano, está presionándolo, queriendo convencerlo de que hay que dejar los principios y terminar con las diatribas.

El no admite que las armas resuelvan lo que ha de discutirse con la palabra o con la pluma. No piensa que el honor se pruebe con un cambio de tiros. No acepta esta forma brutal de la fuerza, como no comprende tampoco las otras; ni la del levantamiento armado, ni la de la ejecución legalizada, tan corrientes ambas. Respeta la vida humana. Y más que nunca respeta ahora las ideas de los hombres, que combate, aun apasionadamente, pero sin personalismos y sin ofuscaciones.

Carlos María Ramírez y Julio Herrera y Obes, que comparten con él el destierro, insisten, asimismo, en que ponga coto a los intolerables desbordes. Debe hacerse temer. Hay que sacrificar los principios y reaccionar. Julio Herrera, sobre todo, repite: "No queda otro remedio". No es posible mantenerse encastillado en una conducta que se aprovecha para satisfacer intereses villanos. "Tienes que batirte", le dice. "Mientras sabes que no vas a desafiarlos, te seguirán provo-

cando. Hay que contestarles. Y, si tienes suerte en el duelo, te dejarán en paz".

Varela se ha dejado convencer. Telegrafía a Neto —autor del artículo— para retarlo a duelo. Y le previene que éste deberá llevarse a cabo en Buenos Aires, por encontrarse desterrado, pero allí está ya a sus órdenes.

No recibe contestación alguna. Pasan así varios días. Y ya ha empezado a trabajar como antes, como si nada hubiera sucedido, cuando de improviso entra en su habitación Julio Herrera, diciendo, sin preámbulos: "Mañana te bates".

Parece que saliera de un sueño. "¿Cómo es eso?... "Herrera se explica. "Me pareció ver a Neto en la calle San Martín. Lo miré detenidamente, con miedo de equivocarme, y, cuando estuve seguro, lo detuve y lo desafié en tu nombre".

El diligente amigo, en verdad, sólo ha anticipado el suceso. Y acaso es mejor. Varela lo aprueba, y le dice: "Has hecho bien". Pero le recuerda que nunca ha manejado armas, y que tendrá que enseñarle una manera de defenderse. Pero a este justo pedido, responde Herrera, como si el tiempo no apremiara y, con una calma que al otro desconcierta: "Desde luego, cuenta conmigo".

Y antes que la puerta vuelva a abrirse pasan dos o tres horas, largas horas que los padrinos han ocupado en tramitar el encuentro. Ya todo ha sido concertado, dice por lo tanto Herrera, al entrar, explicando los detalles. El duelo tendrá lugar al amanecer, en la quinta de Cambaceres y se realizará a florete de dos filos.

Varela no tiene nada que objetar. Está bien, le dice. Pero con firmeza pide ahora las explicaciones. Vamos a tomar en seguida la primera lección.

Sin embargo, no puede ser. Tal vez no conviene que sea, o así ha de presumirse, porque He-

rrera, dando dilaciones al asunto, repite: "Te daré la lección más tarde".

¿No es tarde, ya?... El duelista debe hallarse abismado, desilusionado; quizás hay para él algo inexplicable. ¿Qué puede pensarse? Sin embargo, no insiste.

Oscurece. Varela ha terminado de poner sus papeles en orden. Ha escrito también sus últimas cartas. Y la espera se va volviendo melancólica.

Unos pasos en la escalera detienen sus meditaciones. ¿No es Herrera? La puerta vuelve a abrirse impetuosamente y el amigo se presenta, para darle su lección de armas. Varela se acerca a la lámpara y la enciende, y de prisa empieza a hacer espacio. La pieza no es cómoda para un asalto. ¿Alcanza el sitio?, pregunta. Si quieres, podemos empezar...

Todavía no... es la respuesta.

Las palabras suenan confusas. ¿Por qué, no?

—"Tengo que batirme a las seis, exclama el duelista, con voz perentoria ¿Qué tenemos que esperar?" Pero no hay cómo explicarse. La situación se ha vuelto difícil, casi embarazosa. Y Herrera insiste: Hay que esperar.

—"¿Te parece que hay tiempo para esperar?" Es la víspera. Y aun se le dice: "Dejémoslo para más tarde". La voz de Varela se ha hecho triste.

"¡Sea!", contesta desanimado y ya despidiéndose.

Y todo toma ahora un tono grave, en esta separación tan llena de interrogantes, que tal vez va alejarlos para siempre, porque no habrá posibilidad de justificarse ni de comprender...

Antes de la hora del alba, entre luces amortiguadas, un coche rueda hacia el campo del duelo. Van ahijado y padrinos mirando por las ventani-

llas para afuera y, cambian palabras triviales, rondando el pensamiento trágico. Los silencios son largos, silencios pesados de responsabilidad. Ambos padrinos son los mejores amigos de Varela, sus amigos de siempre, y lo llevan a un duelo que se presenta sin salida.

Varela se siente sacrificado. Sabe que el lance va a ser para él la muerte. Y, aunque lo ha aceptado, llega el momento de no poder callarse, y de tener que reprochar a Herrera una conducta que no concibe:

—"Conste que me llevas al duelo, resistiéndote a darme la manera de defenderme".

Pero como un estribillo, vuelve a decir nerviosamente el padrino:

—"Espera!" ¿No tiene el término ya algo de locura?...

Diligentemente los padrinos estudian ahora el terreno y revisan las armas. Todas las medidas han sido tomadas. Y a lo lejos, algunos periodistas que se han ubicado —como en un palco— en una colina cercana, siguen los preparativos. Aclara. Los duelistas están prontos, armados. Han sido armados desigualmente, pero están armados.

Y es entonces cuando Varela recibe su lección. Con la precipitación de la hora, Herrera le dice, brevisísimamente: "Cuando demos la señal de atacar, sin ocuparte de reglas ni de posiciones, de cualquier manera, vete fondo y no te detengas por nada".

Un duelo singular va a tener lugar así, entre un duelista de oficio y quien nunca ha tenido en la mano un florete. Y la enorme, absurda, diferencia, es la que inespeditamente va a dar ventaja a Varela, porque en un duelo que parecía casi

un crimen, el aguerrido adversario quedará desarmado por la torpeza y la brusquedad de su inexperto contrincante.

Desde el primer asalto Neto retrocede. Sus estilizadas posiciones y sus golpes hábiles no sirven de nada. Y Varela ataca y avanza de una manera desconcertante. La situación se repite igual en el segundo encuentro. Varela ha rasgado la camisa de su contrario y lo ha obligado a defenderse y a estar en guardia por su inesperada forma de batirse. Y es entonces cuando Varela, con raro furor guerrero, impetuosamente lo reta todavía, gritándole: "¡No sea usted cobrde!"

El insulto es osado, como una banderilla de fuego. Neto, herido por los términos, reacciona, y ataca, sin que ceje Varela, que da recios, desesperados golpes, ensañado y como sin conciencia.

¿Qué va a parecer ese asalto tan extrañamente apartado de todas las reglas? Herrera, que lo ha planeado, teme ahora el ridículo, y propone un cambio de armas, que los padrinos aprueban y Varela acepta. Tirarán a quince pasos, avanzando a cada tiro, hasta que uno de los adversarios quede en el campo.

Varela ha quedado sin defensa. Pero Neto, ahora, después de lo ocurrido, ya no puede admitirlo, y dice alzando la voz, para que se oiga bien: "Declaro, señores, que al escribir diciendo que Varela era un cobarde, no lo conocía. Sé que me he equivocado. Lo reconozco. He visto que es un caballero. Y, además, que es un valiente".

Con esto, el duelo está virtualmente terminado. Pero los padrinos, siempre desconformes, exigen una declaración por escrito, que acaso el otro va a rehusar, aunque Neto acepta. Y firma una retractación, que permite que se publique.

La vuelta es alegre. Todos se sienten libres de una atenaceadora, inevitable, responsabilidad. Vuel-

ven, pues, comunicativos y reidores, y, en el fondo, emocionados.

De pronto, José Pedro Varela apreta la mano de Julio Herrera y Obes, a manera de agradecimiento y le dice sonriendo: Creo que no dirás que no supe aprovechar tu lección. Y así, disipada la última sombra, volvió a reinar entre los amigos, la clara y sincera amistad de siempre, como volvió la vida a hacerse ligera después de la dura prueba.

Casi en seguida del suceso narrado, los expatriados empiezan a regresar a Montevideo, y entre los primeros, vuelve Varela. Sin embargo, la situación de la república continúa siendo de extrema gravedad. En la ciudad se vive como sobre áscuas, y el gobierno toma abiertamente medidas dictatoriales. Pero las cosas han variado, porque ha estallado una impopular revolución y es preciso mantener la seguridad de la plaza, dominada por el pánico, ya que las noticias que corren, a pesar de estar la prensa amordazada, son de inmediato peligro, pues se cree que los revolucionarios han tomado la fortaleza del Cerro y llegan casi a la Unión.

Estas circunstancias, y, sobre todo, móviles patrióticos, hacen que José Pedro Varela ofrezca su apoyo al gobierno que acaba de deportarlo. Y lo hace, porque se ha convencido de que hay que terminar con las revoluciones. Únicamente por esto lleva uniforme, y porque cree con ello defender principios que coloca sobre los partidos.

Pero, mientras concurre a los cuarteles, cumpliendo sus deberes ciudadanos, vuelve a ocuparse de la educación del pueblo, razón por lo cual asiste uniformado a las sesiones de la Sociedad de Amigos y a las mesas de exámenes. Atiende así sus

dos deberes de la hora, mientras una situación cada día más confusa, hace que los hombres se batan hasta en la calle.

Se han producido incidentes cerca del colegio, a la salida de los escolares, y por prudencia ha sido cerrada temporariamente la escuela, que Varela insistió en mantener abierta, hasta el último instante, casi hasta el peligro. De ahí que Giorgi, más tarde, al comentar estos y otros hechos, destacara el acto de "construir en la tormenta", con la guerra civil en las puertas del colegio, agregando: "¿qué más que esto es necesario para revelar la grandeza de un alma consagrada a su pueblo?"

Carlos María Ramírez tiene ahora un gesto de sereno y alto patriotismo, y desde Buenos Aires, donde todavía se encuentra, lanza un manifiesto, para llamar a los orientales a la concordia. Su palabra es justa y debía ser oída, pero hay demasiado escepticismo todavía, demasiada resistencia, tal vez demasiados intereses, tal vez odios. No hay prisa, acaso, por ninguna parte, en hacer concesiones, y hasta los espíritus pacíficos desechan la idea por considerarla impracticable.

Es probable que piensen que Ramírez propone una utopía; que habla así porque está lejos. Y que desde lejos se proyectan solamente ideales, porque se está fuera de la realidad. Pero Varela va a sostener también esa utopía. Es el primero que se convence. Y toma ya la idea como suya, con ese entusiasmo que pone en todas las cosas, entrando a formar parte del pequeño grupo de fundadores del Partido Radical.

De nuevo, así, está en la política. Otra vez escribe en los periódicos. Colabora en el diario que

funda Ramírez, "La Bandera Radical". Y casi en seguida, funda él mismo un diario, porque su entusiasmo lo pone ya casi al frente del movimiento.

Está escrito con letra clara en sus Memorias: "En 1871 fundé el diario "La Paz", en su segunda época y abagué en él por la conciliación de los orientales hasta que se firmó la paz del 6 de Abril de 1872."

Y ya en su saludo a la prensa y al público, habla con entusiasmo y calor de la paz, diciendo: "Los cañones y las bayonetas habrán podido dominar, pero nunca han convencido".

Berra presenta a Varela como espíritu clarividente, sagaz y penetrante. Y, porque tiene esas cualidades, ha podido ver cual es el único camino a seguirse; el camino que evite rencillas y desacuerdos funestos, que suprima odios y que construya el porvenir en la comprensión y en la tolerancia. Sus palabras se han vuelto elevadas, y va a hablar así a los hombres de su tiempo: "El olvido, temporal al menos, de los actos practicados por el actual gobierno, con la comunión política a que pertenecemos y con nosotros mismos, es la primera ofrenda que depositamos en el altar de la pacificación de la República".

Su campaña es eficaz y su voz tiene el eco que merece. Pero, antes de que la paz se firme, lucha largamente, en medio de guerras que se entremezclan y parecen sin fin.

Llega, asimismo, la hora de la paz. El pueblo la recibe con explosiones de alegría, vitoreando frenético en las calles, cantando con la espontaneidad de los días de júbilo, agitando pañuelos y llevando antorchas, entre las hogueras que los vecinos han encendido, bajo las improvisadas guirnaldas de la

fiesta. Y esa paz que se festeja, en cierto modo, es su triunfo.

Sucede esto en el tiempo en que las edades consagran a las vendimias, aunque es un otoño pardo, de tierra seca, que ha llegado después de estaciones rojas de sangre, y cuando no hay frutos que recoger. Los soldados, de uno y de otro partido, sin piedad asolaron los campos, porque arrasados por las cosas, se fueron convirtiendo en devastadores. Pero ahora ellos también están de vuelta. Creen en el arrepentimiento, y sueñan con la "divina tregua", como dijera Ramírez, al alabar esta paz que va a firmarse.

Por eso trescientos jóvenes se han reunido a beber y a brindar en alegre algazara, alrededor de la mesa del banquete. Y beben y ríen abrazados, como si no se hubieran batido; beben y ríen para proclamar la paz. ¿No la han venido sosteniendo algunos, desde la prensa y desde las tribunas? Y ahora la sostienen todos con el mismo ímpetu con que chocaban sus armas enemigas, declarando guerra a la guerra.

"No siento vacilar mi ánimo ni temblar mi voz", dice el iniciador del movimiento, Carlos María Ramírez. "En el fondo de esta débil copa he descubierto generosos y varoniles estímulos para las almas jóvenes, risueñas esperanzas para el advenimiento de las libertades democráticas, grandiosas e inspiradas profecías para el porvenir de la patria". Y sus palabras se aplauden. No se piensa que aquélla puede ser hora breve y que la lucha está pronta a recomenzar al día siguiente. "La cuestión del triunfo no existía, ni entraba en mis ideas el predominio de un partido sobre otro", sostiene en el olvido de la alegría, uno de los combatientes, Carlos Ambrosio Lerena.

Tal vez en la lección de la guerra sus pensamientos, que han madurado de golpe, fatigados ahora por la locura del dolor, están dispuestos a dejarse traicionar por entusiasmos engañosos. Por eso, Julio Herrera y Obes exclama con fogosa palabra, como si fuera el único en creer, y como si fuera el único que hubiera esperado: "Ah! Rétemplece la fe de los descreídos. Levántese el espíritu de los que se dejaron abatir por la tenacidad y las contrariedades de la lucha! Sólo el bien es eterno!" Diciendo aun: "Las ideas! sobre ese casco fulgente se han quebrado en pedazos las seculares espadas del despotismo!"

Ha triunfado la paz. De ella todo se espera. Y ahora la tolerancia es la nueva diosa. Pablo De-María, uno de los más jóvenes, sugestionado, dice alzando la voz: "Hemos nacido bajo un mismo cielo; hemos orado en los mismos altares y vivido al amparo de las mismas leyes", para terminar recordando que la misma bandera cobija a todos.

Y hablan uno después de otro. Pasan a depositar su ofrenda de calma. Es ya la bonanza, triunfadora de la tormenta. Y la aspiración de algo mejor ha nacido en sus pechos, cansados de odios. Pero, ¿qué hace quien ha sido el motor de este movimiento? ¿Qué silencio guarda? ¿Quién es el que ha invitado a la cordura y ha insistido hasta poner el ideal de la paz por encima de todos los otros?

Alejandro Magariños Cervantes, al tomar la palabra, pide que hable José Pedro Varela. "El ha sido el incansable apóstol de la paz". Su causa —dice— lo cuenta entre los primeros "atletas". Y reconoce que fué él, quien, desde las columnas del diario, expresamente fundado para ello, luchó durante un año por la paz "desplegando a todos los vientos su bandera, sin flaquear ni desmayar un solo día, avanzando palmo a palmo bajo los fuegos

cruzados del enemigo, hasta clavarla victoriosa en sus almenas”.

Y voces como éstas, se alzan sinceras e igualmente ilusionadas. Están allí todos; José María Muñoz, Aureliano Rodríguez Larreta, los Ramírez, los Estrázulas, José María Castellanos, los García Lagos, los Herrera y Obes, Daniel Muñoz, Alejandro Sáenz de Zumarán, Eduardo Brito del Pino, Jacobo A. Varela, el pintor De-Martino, Leoncio Correa, Antonio Carvalho Lerena, Segundo Flores, Florencio Escardó, y tantos otros que improvisan brindis llenos de elocuencia.

Al final, habla José Pedro Varela. Temía que la emoción embargara su voz, y aun que la oscureciera el “champagne”. “En las grandes fiestas de la patria —empieza por confesar— me hago un honor de dejar de lado el reposo y la austeridad del resto de mi existencia”... Y sus palabras no sueñan a escándalo, no sólo porque habla entre jóvenes bulliciosos, en un ambiente de fiesta, sino porque es reconocido por su medida, prudencia y austeridad.

Luego pregunta a sus compañeros, a quienes según él, llevan sobre los hombros el porvenir y la felicidad de la patria, qué piensan hacer después de entregarse a las alegrías del triunfo. Habla de la equivocada política que se ha venido siguiendo, recordándoles que no ha pasado un solo año que no haya sido marcado por la fatalidad o la vergüenza para el país. “Esa es la historia de nuestros partidos políticos”, exclama.

Esta noche, evidentemente, están todos convencidos. Todos están con él. Lo han seguido y lo apoyan. Creen en sus palabras y querrían evitar la continuación de tantos desastres. Pero, como un sueño todo va a desvanecerse. Y la con-

ducta futura de estos mismos pacificadores hará cenizas las esperanzas.

Apenas han corrido unos meses, breves meses, y ya se han tomado las antiguas posiciones políticas. De aquel movimiento simpático no queda sino rumor vago. Se piensa ya como un maravilloso arrebató sin consecuencias, sin posibilidad de tener consecuencias. Quiere ahora imperar, es cierto, un orden nuevo; pero en el fondo, en la esencia, es el mismo de siempre, de antes. Los partidos se han transformado, remozándose en algo, pero manteniendo divisiones. Y las dos fuerzas en pugna, se aprestan otra vez para las elecciones, como de costumbre.

El Partido Blanco, transformado en el Partido Nacional, que dirigen Alfredo Vázquez Acevedo, Francisco Lavandeira, Agustín de Vedia, Román García, Domingo Aramburú; y el Partido Colorado, unido con los que siguen a José Pedro Ramírez, se han purificado, manteniendo sus divisas. Es evidente que no se quieren abandonar las viejas banderas por miedo de perder el contingente de las masas rebañegas. Y se conservan vicios y se siguen prédicas que son como un trueque o desenvolvimiento inverso.

Y en estas circunstancias, sólo “La Paz” sigue proclamando la necesidad de concluir con los partidos. Sólo en “La Paz” vive el espíritu de aquella hora de serenidad y de júbilo, sin substituir esperanzas, firme en la ilusión que los otros han perdido. Pero, perdida la oportunidad, truncado el entusiasmo de los demás, habla ahora con palabras impopulares. Ya nadie se interesa por los ideales de fraternidad. Los partidos se han reafirmado, han vuelto a sus bríos de predominio y se encuentran frente a frente, dispuestos a defender intere-

ses inextinguibles. ¿Quién oye entonces a Carlos María Ramírez cuando exclama que “el patriotismo nada puede ni debe esperar de la guerra? Sólo “La Paz” sigue queriendo convencer de que la guerra no soluciona nada, y que sobre la guerra que termina se cierne siempre la amenaza de la guerra que va a empezar.

Varela y Ramírez se encuentran de nuevo, así, casi aislados, con un pequeño grupo de idealistas: Miguel Herrera y Obes, Aureliano Rodríguez Larreta, Eduardo Brito del Pino, Emilio Romero, Jacobo A. Varela, Cristóbal Salvañach, y algunos otros que, han militado en los partidos y que se han sentido desencantados. Pero ya a nadie importa que pidan la libertad de imprenta, que no admitan la intervención extranjera, ni los procesamientos por juicios políticos, ni la pena muerte por esa causa; ni que propongan una reforma constitucional, que quieren que se haga dentro de la ley. Están solos.

En las elecciones de noviembre de 1873, proclaman para la Presidencia de la República a uno de los más austeros y preclaros ciudadanos, a don José María Muñoz, y la elección se pierde. Una hábil combinación política da el triunfo a don José Ellauri. Y los radicales de “La Paz” se consideran, no sólo derrotados, sino defraudados. Han perdido su prestigio político. Y, por altivez, por decoro, por ética, renuncian a sus posiciones administrativas, cierran la imprenta y se retiran a la vida privada. Y no para probar otra fortuna, sino haciendo el sacrificio de su entusiasmo a la incomprensión.

Varela había dejado de ser rico. La barraca de la familia está en quiebra. Y ha abandonado, asimismo, su único medio de vida actual, el periodismo. Tal vez se encuentra desorientado, sin hallar un camino, ya que trabaja como co-

rredor, y luego como procurador, perdiendo el tiempo en menesteres que no requieren ni sus condiciones ni su preparación. Sin embargo, al alejarse del escenario político toma el educacional, que ya no dejará, y al que dedica sus momentos libres. Pero es una época de dificultades materiales y, sobre todo, de amargura, en la que se aparta de las tentaciones políticas y de esas marchas de la juventud inquieta que disputaban los entusiasmos al impulso realizador. Es la época también en la que el amor va a venir a dar a su vida una compensación, convirtiéndose en estímulo y en poderosa fuerza de bien.

José Pedro Varela había cantado ya antes a una amada ideal y lejana. La cantaba en uno de los versos que leyera Víctor Hugo, precisamente, el que éste más elogiara. Y esa poesía descubre un amor, que ahora podría parecer nuevo. Pero, ella aun no lo ama. Y aquí interviene otra vez, Julio Herrera y Obes, haciendo de embajador ante la indiferente beldad, a la que envía por su intermedio, un perentorio mensaje, que transforma su suerte, haciendo que la boda se concrete y se realice poco después, en 1874.

Adela Acevedo, su esposa, lleva dos apellidos ilustres. Es hija del jurisconsulto y codificador, co-autor del Código de Comercio Argentino y autor del primer proyecto de Código Civil del Uruguay, don Eduardo Acevedo, y de su esposa, doña Joaquina Vásquez, bellísima y distinguida dama.

Es una mujer de líneas finas, delicadas facciones, ojos castaños, dulces y aterciopelados, graciosa de movimientos, elegante en su vestir. Su inteligencia es clara; su conversación es interesante; es ilustrada; tiene encanto, y ocupa un puesto privilegiado en los salones de Montevideo y de Buenos Aires. Y, sobre todos sus dones, por encima de todas sus cualidades, posee en grado extremo las

virtudes del corazón. Es comprensiva, piadosa, generosísima; mujer hecha para los grandes sacrificios. Es, pues, mujer bella y santa; abnegada en las duras horas que le esperan; compañera lúcida y discreta, desvelada y fiel; paciente en las tormentas y en los dolores; y mártir en los tiempos de martirio. Y, cuando todo haya terminado, todavía, guardadora del recuerdo, cuidará la obra y el nombre del esposo, con la lámpara encendida hasta la muerte.

Dos años plácidos van a pasar ahora, sin brillantes exteriores, en la dulzura de un hogar modesto y con estrecheces económicas, antes de que él sienta los primeros síntomas de su mal. Y es en ese momento cuando escribe su obra "La Educación del Pueblo", que Magiolo juzga como "verdadero monumento pedagógico, cuyos principios básicos colocan a su autor en la falange de los genios creadores".

En el prólogo, explica Varela: "En nuestras sociedades embrionarias, frecuentemente sacudidas por corrientes encontradas, la vida del hombre y la existencia del ciudadano, es á menudo agitada, llena de alteraciones, de contrariedades, de luchas. El día de hoy, no nos dice lo que en sus entrañas nos reserva el día de mañana. De ahí, sin duda, la falta completa de trabajos de alguna extensión que se nota entre nosotros; para realizarlos, se necesita tiempo, tranquilidad de espíritu continuada, en una palabra: la vida normal del que, en Europa, por ejemplo, se dedica á los trabajos intelectuales. Pero aquí, cuando se escribe la primera página de un libro, ¿puede, acaso, tenerse la seguridad de que antes de llegar á la centésima, no nos aleja del libro y de sus ideas, del

trabajo tranquilo y de sus goces, el tumulto de la vida política, ó el dislocamiento de la vida social?"

El ya lo ha probado. Su vida ha sido y va siendo azarosa; y esa firme, sola, línea de conducta, ese ideal de la educación que antepone a cualquier otro, ha de tener que seguirse así, en líneas interrumpidas siempre, y hasta ahora mismo, hasta en esta obra. Por lo tanto, es verdad cuando dice que no escapa él a estas condiciones generales de la existencia del país. Y dice bien cuando confiesa: "es el reconocimiento de esta verdad el que me ha inducido a escribir "La Educación del Pueblo" con una especie de actividad febril, como si temiera que, á cada momento, causas imprevistas viniesen á turbar la tranquilidad de mi espíritu y la serena felicidad, que me alentaba a escribir". Percibe que a su alrededor nada es seguro. Pero, ¿no presiente que, de más en más, ya todo en él también, va siendo menos seguro? Hay, pues, una confianza mayor de la que cree, cuando exclama que, para escribir obras de aliento habría sido necesario contar con el tiempo, tener seguro el día de mañana, porque se refiere al tiempo de todos. Y aun al decir que, acaso antes de llegar a la tercera o cuarta parte del libro, acontecimientos imprevistos, van a sacarle la pluma de la mano, para lanzarlo aquí o allá, en este o en aquel terreno, en estas o en aquellas filas del combate. Y es evidente que la idea obsecionante es sólo la de tener que volver a la vida activa, a la lucha cruenta. Porque si agiliza su mano la incertidumbre dando a las a su voluntad, y si en cuatro meses cumple una labor preparada en seis o en ocho años de estudios, ha de pensarse como una piedad superior, piedad del destino, porque su prisa es la de cualquiera, ya que sólo ve lo que todos ven y a todos atañe.

“La Educación del Pueblo” es una obra vigorosa, amplia, detallada, de normas y de ejemplos, y en la que estudia el tema, como quería Webster, desde los tres aspectos: cuerpo, inteligencia y conciencia. El lo explica: “El oficio del educador es dar mayor poder en todo sentido: poder de pensar, de sentir, de querer, de practicar acciones externas; poder de observar, de razonar, de juzgar; poder de adoptar firmemente buenos fines y de proseguir eficazmente su realización; poder de gobernarlos á nosotros mismos, y de influenciar a los demás; y poder de adquirir y de conservar felicidad”. Y, evidentemente, se coloca en el camino de lograrlo.

La simple enumeración que hace y que es ya todo un programa, basta para mostrar sus propósitos de transformar al ser débil e inútil, al ser parasítico, en elemento laborioso, eficiente y digno. Y, sin forzarlo, simplemente enseñándole a tomar las vías del triunfo, las vías del deber. Porque demuestra que la inteligencia está constituida de modo que sólo puede desarrollarse por su propia acción, y que, por esto, el hombre es el artífice de su fortuna y aun de su propia mente. “Sus libros y sus maestros —dice— no son sino sus ayudantes”, porque el trabajo es suyo, agrega. Su afirmación es, pues, una promesa de liberación. Y, ¿no dice que para liberarse, basta educarse? La educación es la que va a proporcionar bienestar, prosperidad, respeto, calma, y hasta sueños de ventura y de gloria. La educación, insiste, es la más valiosa herencia que los padres pueden legar a sus hijos. Es el bien que no se pierde jamás.

Luego, añade: mejora las condiciones de la existencia, proporciona los placeres de la sabiduría, disminuye los crímenes y los vicios, eleva la moral individual y la moral social. Y pasa del es-

tudio detenido del individuo al estudio de la sociedad.

Trata así, pues, el factor educación de los pueblos. Toma entonces el otro aspecto, se detiene en el punto de vista del progreso, del enriquecimiento, de la grandeza de los pueblos, demostrando que la enseñanza bien difundida, es más útil para un país, que los escritos y trabajos de sus mejores pensadores.

Y todo esto lo enseña y dice y relata, en páginas honestas y sin vanidades, valorando un sistema que no ha inventado, aunque por haberlo sabido transplantar e imponer, haya de llevar su nombre.

El libro está lleno de citas, de honradas citas, y es despojado y fuerte, con lo cual prueba cómo va haciendo un camino de fe. Porque si al principio, pudo parecer un espíritu con matices y pronto a dispersarse, ya no es así. Ya en él ha quedado sólo el educador, el maestro; sólo existe ahora el que prepara la reforma, el que se borra para educar al pueblo. Todas las aristas de su personalidad fueron limándose, y, su figura, cada día más vigorosa, adquiere ese perfil claro, severo, iluminado, como de estampa bíblica, que vamos a descubrir día a día en lo que aún no conocemos y que veremos aun, cuando volvamos a ver lo que hemos visto, pero entonces ya a través de los resplandores de su obra. Y así, en episodios, en actos, en frases, iremos hallando su voluntad, su inteligencia, su sencillez, su recitura moral y esa manera de darse a un ideal que desborda su vida.

La sociedad se encuentra ante un reformador que remueve las bases de las cosas establecidas, que indica a los individuos nuevos deberes y nue-

vos derechos, hablando de aumentar los deberes de quienes los cumplían a medias y de ampliar los derechos de quienes ignoraban que los tenían. Y prueba que hay que oponer al derecho del padre el derecho del hijo, y entra en los problemas jurídicos, tan llenos de contrasentidos, con asombrosa seguridad, sosteniendo que es monstruoso —es su término— suspender al ignorante en el ejercicio de la ciudadanía, sin haber establecido antes la instrucción obligatoria. Es un principio universalmente establecido, que las penas deban aplicarse al que comete la culpa, exclama. E insiste: ¿cómo puede aceptarse que si el padre o el tutor dejan sin educación al niño, éste sea el castigado, por el abandono o la torpeza de quienes han debido guiarlo? Es un error que hay que corregir, dice con energía, y quiere que se dicte la ley humana que evite al país la vergüenza de marchar rezagado en tan importante aspecto de la democracia y de la civilización.

Nadie antes que él había defendido la causa de los ignorantes y de los débiles, de los desheredados, de los abandonados, como lo hace Varela. Nadie había puesto tanto empeño y talento, para transformar la simple y limitada enseñanza de entonces, en una grande y fecunda obra social. El estudia el complejo problema en sus variados y, hasta opuestos aspectos, y lo plantea desde el punto de vista más adelantado para su tiempo. Así, casi en primer término, encara la gratuidad de la enseñanza. “¿Es necesario para la conservación del orden social y para el juego armónico de las intituciones, la difusión universal de la enseñanza, en las sociedades democráticas y en los países republicanos? ¿Es necesario educar al ciudadano para desempeñar sus deberes y hacer uso consciente de sus derechos? ¿La educación hace desaparecer las causas del malestar social, minora la

miseria, los crímenes y los vicios? Si se contesta afirmativa á estas preguntas —dice— habrá de reconocerse que la educación, como el ejército, como la policía, como la justicia, es un servicio de utilidad pública, que debe ser pagado por la nación”.

Todo es evidente y claro, además de que la escuela gratuita es indispensable, como él insiste, para la vida regular de las democracias.

Varela presenta, así, en su obra, programas y métodos, explica lecciones, estudia la cultura clásica, aborda la enseñanza laica, muestra la necesidad de la cultura física, y se interesa especialmente por la educación moral. Y todo es mostrado y demostrado en páginas serias, nutridas, convincentes, sin improvisaciones y sin dudas, porque cada idea ha sido ya conversada, discutida, expuesta y experimentada, o tomada de experiencias hechas.

Cada uno de estos puntos es planeado, y luego planteado a sus amigos, y discutido, observado o rebatido por ellos, con razones más o menos sofisticadas. Tal vez él necesita hablar de su obra; pero es cierto que sus amigos están casi tan apasionados como él. Además, no debe desconocer el valor de una objeción justa, hecha a tiempo. Y, si es costumbre arraigada en el viejo Montevideo, reunirse a la caída de la tarde en algún comercio mayorista o en alguna librería, que, con las luces entristecidas espera la hora de poner los postigos, y si cada grupo de intelectuales, políticos, u hombres de negocios, tienen su punto de reunión para comentar o discutir ideas o sucesos, los miembros de la Sociedad de Amigos, también lo tienen. Y si en esas reuniones se siguen casi siempre conversaciones juncianas y sin fundamento, ya que se busca más distracción y olvido que otra cosa, estos pedagogos que han tomado su función con el ca-

lor de los nuevos, insisten en sus temas y los tratan con un ardor tal, que los áridos motivos—repetidos tarde a tarde— han terminado por interesar a toda la ciudad. ¿No dice ya doña Joaquina Vásquez de Acevedo, en carta que escribe a su sobrino Eduardo Acevedo Díaz, que, hasta en las casas de familia han empezado a hacerse estudios —de lo que nadie habría previsto— de mineralogía, de historia natural, además, desde luego, de otras materias de mayor interés? Y esto se debe al prestigio de José Pedro Varela, como está dicho en la carta.

Ahora el país empieza a normalizarse. La presidencia de Ellauri, tan mal auspiciada por iniciarse con una salida a la plaza de los batallones que pedían que retirase la renuncia, que presentara anticipándose a los acontecimientos, se desenvuelve en un clima de tolerancia y transacciones. Por eso Carlos María Ramírez, que fuera su decidido opositor, y que está de Embajador en el Brasil, escribe desde allí: “No es posible hacer esfuerzos serios y eficaces por la regeneración del país sino tomando por punto de apoyo la acción oficial del poder público”. Y, como él, tal vez, piensan más o menos todos, porque se está en un momento de optimismo y de vuelta a la esperanza. Sin embargo, como siempre, hay inadaptados, y, entre ellos, los Varela, que se han apartado totalmente de la cosa pública. De los dos, Jacobo que es el menos entusiasta y que por temperamento, observa los acontecimientos con prismas lejanos, escribe a Ramírez, desilusionado: “Nada, nada, siempre nada”; ese es el carácter de esta situación que ustedes se han empeñado en considerar buena. ¿Son acaso ellos los que ven? Los sucesos que van a producirse, dirán quié-

nes tienen la razón, y hasta dónde se ha seguido un juego de espejismos.

Es evidente que hay una gran sed de paz. La cordura, la tolerancia, el optimismo, responden a esa necesidad de paz. Sólo ella puede estabilizar la república. Y con patriótica cordura, los hombres mejor intencionados, consideran ahora que las próximas elecciones pueden ser su arma de triunfo. Y ese pensamiento y esa esperanza hacen que se reúnan en un solo grupo, como un solo partido, los nacionalistas, radicales y conservadores y, que proclamen a José Pedro Varela candidato a Alcalde Ordinario. Confían que su nombre ha de bastar para convencer al pueblo de la pureza de sus intenciones, que es garantía de honestidad y que constituye, por sí solo, todo un programa de cultura y de justicia.

Pero dos opuestas e irreconciliables posiciones políticas van a encontrarse entonces, otra vez. Son dos extremos, cuyo choque tiene que ser violento. De una parte, los hombres que quieren dominar aunque sea empuñando armas; de la otra parte, los que quieren vencer con la libertad del voto. Y con esas dos fuerzas, frente a frente, amanece el 1º de enero de 1875.

Varela significa, en ese momento, el ocaso de un régimen. Nadie lo ignora. Y para evitar su triunfo, que ya insinúa la votación iniciada esa mañana, se promueve un tumulto que ha de servir de pretexto para suspender el acto. ¿No se ve que las sospechas de los pesimistas estaban bien fundadas y que hay quien mueve torcidamente los sucesos? Pero el Presidente que, sólo pide terminar en calma su mandato, sin tomar las medidas que corresponderían, creyendo que así se mantiene neutral, se limita a transferir la continuación del acto eleccionario para diez más tarde. ¿Qué se ha ganado? Al reanudarse las elecciones, el 10 de

Enero, están todos prontos, preparados. Unos, esperando el momento de actuar; los otros, con prudencia, votando en silencio y sin alardes. Pero, ¿basta para evitar pependencias, la medida observada por una sola de las partes? ¿No saben ya todos lo que va a pasar? Por eso se han reunido en la Plaza Matriz, José María Muñoz, José Pedro Ramírez, Pedro Bustamante, Juan Carlos Blanco, Francisco Lavandeira, Julio Herrera y Obes, entre otros. Y por eso también están los candomberos, decididos, provocativos, en espera del instante de entrar en acción y tratando de apresurarlo.

Decididamente la opinión pública se ha volcado ahora a favor de Varela. Lo votan sus amigos, y los verdaderos patriotas, lo votan todos los que anhelan la paz y el orden, los bien intencionados, los que no buscan ventajas en el caos, los que no alientan intereses mezquinos, dejándose tentar por soluciones de fuerza. Pero, por eso mismo está ya decretada su derrota y la eliminación de la juventud principista, peligrosamente idealista, valiente e incómoda, para quienes prefieren los caminos traviesos. De ahí que haya de provocarse una discusión mal traída, como medio de dar entrada a quienes esperan sólo una señal, un tiro, que se oye en ese instante. Los grupos de candomberos apuntan entonces contra los ciudadanos para crear confusión; y el acto queda ya prácticamente suspendido, pues los encargados del desorden han dispersado al pueblo que huye en todas direcciones. Cae ahora herido de muerte un periodista de talento, que ya se ha destacado entre los elementos jóvenes: Lavandeira, Y hay además varios heridos, con lo cual se ha dado la nota trágica del día. Con esto basta; las órdenes se han cumplido; los votantes han sido atemorizados; y el acto puede suspenderse. ¿Qué importa lo demás? La muerte es una aliada de la fuerza. Se precisaba crear con-

fusión, crear pánico, y se creó. Individuos escondidos, tiraban desde las ventanas contra los ciudadanos. Y así se venció al pueblo prudente, que estaba prevenido, callado, patrióticamente callado.

La sola presencia de José Pedro Varela pudo haber sido motivo para precipitar estos mismos sucesos. Un viva dado a su paso, hubiera bastado; una rueda animada a su alrededor, hubiera podido tomarse como acto de simpatía. Por eso, se ha mantenido alejado, sin mezclarse con los votantes y, observa el desarrollo de los acontecimientos desde la azotea de los Acevedo, en la calle Sarandí. Y allí está, con sus hermanas políticas, que son dos niñas, asomado a la balaustrada, cuando los sucesos toman tan tremendo cariz. Pero, posiblemente, no sabe que él también está vigilado. Un esbirro lo espía desde una ventana del Cabildo, y mientras todo es confusión y las miradas están fijadas en la Plaza, tira sobre él, que milagrosamente ha sorprendido el gesto, y grita a sus indefensas compañeras: ¡corran, muchachas!, y con apresuradas palabras las incita a disparar. Pero ya las balas silban a su alrededor y se incrustan en las paredes, antes de que lleguen a lugar seguro.

A los cinco días de ocurrir los oscuros acontecimientos de esta desdichada elección, un militar, todavía desconocido, el Coronel Lorenzo Latorre, echa abajo el gobierno constitucional de Ellauri, y aunque deja en funciones a la Asamblea Legislativa, halla excusa para declarar cesantes a los legisladores opositores, que no concurren a apoyar con su presencia los hechos producidos, y convoca a los suplentes que sirven a sus propósitos, a fin de formar el gobierno que quiere. Con espíritu maquiavélico ha movido los hilos, y desde la som-

bra, sin presentarse, ha colocado en el poder a don Pedro Varela, ocupando él el Ministerio de la Guerra.

La situación desembozada ya, se vuelve, desde luego, mucho más grave. Sin interrupción se suceden ahora las más arbitrarias medidas de fuerza: se clausuran diarios, se encarcelan a sus directores, se atropella a los ciudadanos, y los hechos culminan con una medida extrema, al embarcar para La Habana— en un barquichuelo crujiendo y medio desmantelado, con evidentes criminales intenciones— a un grupo de los más honorables hombres de la oposición.

Estos acontecimientos, que superan en mucho a la capacidad de tolerancia del pueblo, llevan al país a una revolución, que estalla mal organizada y, que el gobierno sofoca en seguida, volviéndose a establecer una tranquilidad forzada.

Y esta situación se prolonga un año, así, incambiada. Desde el Ministerio de la Guerra, Latorre deja, pues, correr un año de desconcierto, angustias y espanto, y espera paciente la hora de que el pueblo, cansado de sufrir, admita otra solución de fuerza y la considere en cierto modo salvadora. Y con esa sagacidad, esa habilidad y ese cinismo, que son sus características, prepara nuevos sucesos, reuniendo a sus aleccionados elementos en forma de asamblea popular, para que se pida a voces, que sea él quien asuma el poder. Y de este modo entra a gobernar, como a invitación del pueblo, e inicia el 10 de marzo de 1876 su siniestro gobierno.

Asimismo, hay un instante de calma, más bien de impasibilidad, de espera, de deseo de esperar. El pueblo está visiblemente fatigado por tan larga sucesión de motines y revoluciones. Quiere imagi-

nar que van a terminar los atropellos y los crímenes. Tal vez se sugestionan con las palabras de paz, de honradez y justicia que ofrece el flamante tirano. Y éste, astuto e inteligente, desvía las resistencias y hasta crea la más favorable expectativa entre los elementos conservadores, en el comercio, en la banca, en la industria, en la gente acaudalada, que prefiere un estado de ilegalidad tranquilo y floreciente, a tantos gobiernos bien constituidos, que han ido llevando al país, de desorden en desorden, a una ruina sin remedio.

Y todo parece que va a apaciguarse. Ha de llegarse como a un automatismo, para huír de lo anterior, para no volver a lo tumultuoso. Y en medio de esa errónea situación que prevalece, una voz se alza, contradictoria, voz que condena, altiva y valiente, colocando las cosas en su sitio. El manifiesto está firmado por los estudiantes de filosofía, y el país juzga y toma su actitud, por la de muchos atropellados e imprudentes.

La protesta redactada por Prudencio Vásquez y Vega y firmada por un numeroso grupo de estudiantes, entre los que se cuentan Martín C. Martínez y Eduardo Acevedo, dice así:

“Creyendo los que firman, que erigir la dictadura en régimen de gobierno de los pueblos, es proclamar el servilismo de los ciudadanos y la glorificación de un hombre avasallar el derecho y las libertades y enaltecer el absolutismo de la fuerza:—

“Creyendo, igualmente, que contribuir á la continuación del Poder que hoy manda al país, cualesquiera que sean las formas y los medios elegidos, es erigir ese régimen en dictadura, tan atentatorio al derecho y á las libertades de los pueblos como á las instituciones fundamentales de la República.—

“Creyendo todo esto, con fé profunda, con segura conciencia, quieren dejarlo consignado por

este acto, como testimonio público de protesta contra la continuación de la dictadura y como precedente de justicia, para castigo de los que atentan con el imperio de la fuerza á la soberanía de la nación". (Montevideo, julio 20 de 1876).

La respuesta es el cierre de las clases de enseñanza secundaria, que van a permanecer largo tiempo clausuradas. Y si es la única medida que se toma, esa es, en verdad, también, la única protesta que se oye.

Pero la aparente buena disposición no dura, y el pueblo va a comprender con espanto que ha sido engañado. El tirano no parecerá ya un vulgar ambicioso; se desembozará; se mostrará hombre sin escrúpulos, sin conciencia, que no respetará vidas y que pondrá en uso los envenenamientos y los desapariciones. Será un gobierno de terror, como si el tirano hallara en el crimen un goce. Ahora se empezará a saber que es preferible no conocerlo, no llamar su atención, ni siquiera recibir sus favores. Y el pueblo tendrá miedo hasta de encontrarlo en la calle, cuando en las tardes frías pasee su figura siniestra, con la capa negra cubriéndole medio rostro, el kepí sobre los ojos, dorado de galones, y seguido por una escolta de edecanes de botas y espuelas, que harán retumbar los pasos, desde lejos, rompiendo el silencio.

Pero todavía no es él. Todavía puede parecer otra cosa. Proyecta obras y toma medidas inteligentes, diabólicamente inteligentes. Y, entre los medios astutos que emplea para desarmar la opinión pública, para conquistarla, ha de hallarse su plan de mejorar la educación del pueblo. Por eso ofrece a José Pedro Varela la Dirección de Instrucción Pública. Y lo llama, cuando aun no ha pasado

mucho tiempo, ni ha podido olvidarse ese 10 de Enero en que lo mandara asesinar. Pero ahora su muerte ha dejado de ser necesaria. Precisa su colaboración. Y va a aprovechar su buena fe y su entusiasmo, su honestidad y sus proyectos.

Varela duda. Ha defendido con sinceridad y calor a la democracia, y por ella ha expuesto la vida. Estaba en la lista de los que fueron embarcados para La Habana, y si escapó al castigo, fué sólo por azar, ya que por una infidencia lo supo con tiempo, y, ayudado por Ildelfonso García Lagos, consiguió ser asilado en una legación, saliendo del país en un barco de guerra. Está fresco aún este pasado tormentoso, para que pueda tomar una rápida decisión. Motivos fuertísimos, vuelven imposible su colaboración, pero, por otra parte, esto significa anular su más grande proyecto y, detener, quién sabe por cuánto tiempo, el porvenir de la patria. Se siente perplejo. ¿Cómo callarse? Y, ¿cómo ayudar a la dictadura? Sabe bien lo que esto significa, y qué sacrificio se impone. Perderá a sus amigos. Será censurado, calumniado. Presiente todo. Pero se siente el apóstol de una causa que no puede defraudar. El tiene que ser el educador, el reformador. ¡Qué importan ya su bienestar, sus amistades y aún su nombre!

Está dispuesto a hundirse, si es preciso, seguro de que su obra será el remedio heroico. Y lo hará resignado, acaso sin creer ni esperar que un día se le haga justicia. Por el bien del pueblo va a admitir que se le vitupere y se le envilezca, porque procede con espíritu de sacrificio, como se reconocerá después, "con estoicidad digna de un innovador", "digna del genio que aspira a hacer el bien y sólo anhela la felicidad común".

Toma la decisión después de medir su sacrificio. Y como preveía, estará aislado. No se concibe que su actitud pueda no ser la misma de ayer,

pues no se acepta ya, como él, con la fe suya, que la reforma sea arma de combate.

Pero hay que dar ese paso y lo da. No debe eludir el sacrificio. No es la hora de pensar en su persona, ni en su tranquilidad, ni en los suyos, ni en la felicidad. Y si el dilema es tremendo, realizará la grande, soñada obra, rodeado de circunstancias amargas que lo harán comprender que se sospecha de él, que le harán oír el feroz anatema. Pero, cumplirá asimismo, su deber. Si ha dudado, ya no duda. Tal vez recuerda las palabras de Leibnitz y se las aplica, diciendo: "Poned en mis manos la educación y yo cambiaré la faz del mundo". ¿Es ilusión?

No importa. Si pensó algún día en reconocimientos, ya no los quiere. Ya ha renunciado a la gratitud, y se sacrifica por ese pueblo que duda de sus virtudes, y que negándolo hasta la muerte, hasta después de la muerte, formará su aureola de mártir, sin cejar en sus ataques hasta que lleguen los que van a levantar su pedestal.

Y será tarde para él, cuando Sarmiento, que ignora todas estas circunstancias, al conocerlas, escriba a Carlos María de Peña: "¡Sirvió al tirano!, enseñando a leer a esclavos? De manera que si la tiranía dura treinta años, y es acto de villanía educar al pueblo, tendríamos que cuando fuese libre andaría *patrióticamente en cuatro patas*, puesto que en treinta años una generación nueva no aprendió a leer!" Pero ahora no se oyen palabras sensatas, ni éstas, que él no escuchará nunca. Hasta él sólo llegan las críticas, los desaires, y ataques hechos con "rudeza feroz", según Berra, para concluir admirándolo luego— si nos atenemos a la opinión del mismo— con superstición casi religiosa.

Sin embargo, esa aceptación tan censurada, es una aceptación condicional y valiente. Su carta a Latorre no es en modo alguno la de un cortesano ni la de un *arrivista*, ni siquiera la de un político de oficio, ya que lo hace con palabras insolentes, que pudieron tener por respuesta el tiro casual. El lo cree y corre el riesgo; pero es evidente que, el tirano ya no quiere su muerte. Y gracias a estas circunstancias, Varela va a estar en condiciones de dar al pueblo armas para hacerse libre.

Así comienza su trabajo. Comienza pidiendo la más completa autonomía de la enseñanza, proponiendo que se quite a las Juntas todo su poder y que sea un instituto central el que dirija, desentendido de las perniciosas influencias políticas. Como se ve, su entrada es independiente. Y en esta forma honesta y dinámica, antes de los dos meses de haberse hecho cargo de la enseñanza, habla ya de crear una escuela normal, de construir edificios escolares, y de implantar, entre muchas otras cosas de importancia, la tan combatida escuela mixta. Y un mes después, presenta ya su "Legislación Escolar".

Ha comenzado a trabajar, como se ha prometido, a medida de sus facultades, y mientras crea poder hacerlo —como dice— en pro de los intereses públicos y sin mengua de la dignidad del ciudadano y del hombre. Y lo hace sin transacciones y con rígida conciencia. Su actividad tiene un objeto noble y alto y, no responde a un momento de arrebató, sino de convicción seria, que habrá de continuar a pesar de los obstáculos y destruyéndolos.

Por eso, cuando una mañana, al entrar a su despacho, es sorprendido con un busto de Latorre,

—que provocativamente, como una insolencia, ha sido colocado allí, en lugar preferente— llamando a un portero lo manda sacar, para que lo lleve a casa del que sabe autor de la afrenta, y al que nombra, diciendo: “Entrégueselo de mi parte, y dígame que es allí donde debe estar”. Se trata de un amigo del tirano, de un protegido, que no debió ocultar a aquél los sucesos, a pesar de lo cual, Latorre calla. Y volverá a callar muchas veces, porque así lo exige su interés, aceptando, no solamente palabras altivas, sino también impertinentes. Latorre no va a reaccionar en ningún caso. Sabe lo que cuesta tener a su lado a Varela y también lo que significa, y no otra cosa podía esperarse, si admitió que en su carta de aceptación llamara al acto de colaborar, “arduo sacrificio de legítimos escrúpulos y de fundadas resistencias”. “Es gracias a la completa libertad de acción con que hemos podido obrar y hemos obrado, que nos ha sido dable afrontar las grandes responsabilidades”, podrá decir entonces Varela. Y si está dispuesto a realizar su obra en un peligro constante, inmediato, junto a un hombre perverso, al que en todo momento hay que hacer frente, que bellaquea y se revuelve como un potro salvaje, es porque está en condiciones de hacer doblar aquella voluntad. Claro es que, ni es cómodo ni fácil, y que ha de ir a verlo siempre con el revólver y la renuncia en el bolsillo, dispuesto a no transar, y a proceder sin contemplaciones, diciendo ante cada torva negativa:

—“Señor Gobernador, ahí tiene mi renuncia”.
¿Hablan en esta forma los políticos, tan acostumbrados a transar y a claudicar?

Ahora mismo acaba de producirse un incidente de violencia en uno de los departamentos del

norte de la República, entre el Jefe de Policía y el Inspector Departamental. Y, como el primero es un hombre de la situación, mandón y prepotente, acostumbrado a imponerse y, como además, cuenta con la amistad del tirano, ha hecho destituir al otro. Sin embargo, parece que éste es quien razón. Se queja a Varela y recibe las seguridades de ser atendido.

Varela está ya muy enfermo; pero se levanta y va al Fuerte de Gobierno.

Ha llegado fuera de hora. Latorre está trabajando y hay orden de no anunciar visitantes. No dará audiencia alguna; pero Varela, secamente, advierte que tiene que verlo. Un secretario indeciso, va a anunciarlo, a preguntar más bien, y Latorre, que no quería recibir, precisamente a Varela, lo manda pasar.

Desde los primeros pasos, sus miradas se cruzan heladas. Los dos saben qué han de decirse, como sucede siempre. Las visitas del Reformador significan batallas. Sólo que la de hoy, está de antemano perdida. Latorre esperaba la protesta, por eso, anticipándose, ha resuelto ya el asunto para no ceder. Y, ¿quién se animaría en estas circunstancias a insistir?

Con el rostro bilioso, verde de odio, escucha las primeras palabras de protesta, furioso, pero contenido ante la inútil, absurda, tardía reclamación. Varela, impertérrito, continúa como si no percibiera la mirada inquisidora, de quien es todopoderoso. Y la entrevista, cada vez más áspera, ya resulta insostenible. Varela no debe creerse, asimismo, perdido. Pero de pronto, Latorre alza la voz, y/a sin poderse contener, gesticula, y dominado como por un frenesí grita: “¿Quién se atreve a pedirme una reconsideración? ¡Soy yo quien manda! ¡Soy el jefe de la Nación! Y mis órdenes no se mo-

modifican, pese a quien pese!"... ¿Hay algo que decir?"... El lo dice: "¡Ya todo está resuelto!"

José Pedro Varela clava en el tirano una mirada violenta y, sosteniéndola, sin hablar, se levanta, saca del bolsillo su renuncia, y sin decir ni siquiera como otras veces: ¡Ahí está! la coloca con rabia en el escritorio, retirándose con rapidez. No se da ni el trabajo de saludar.

Latorre abre el sobre, recorre apenas la nota y grita: "¡Usted no puede retirarse!" ¿Qué quiere decir? Varela vuelve desde el extremo del largo salón oscuro. ¿Está preso? Todo ha sido rápido. Ambos se miran de nuevo, odiándose, fijamente, con miradas traspasadoras, con miradas que fulminan. Y Latorre toma la renuncia, apuradamente la mete en el sobre y se la alcanza, diciendo: "Queda suspendido el jefe político de tal departamento".

Una vez más, Varela se ha impuesto. Y recordando estos episodios, corrientes en su vida de lucha, uno de sus biógrafos dirá más tarde, con razón: "Quien se crea más honrado y con mejores convicciones, que arroje piedras a su memoria!"

El nuevo libro que ahora aparece, "La Legislación Escolar", es un trabajo madurado y completo. Cierta es que en su prólogo advierte: "Ni el Proyecto de Ley de Educación Común, ni *La Legislación Escolar*" son una improvisación á la que hayamos dado forma para responder á exigencias del puesto de Director de Instrucción Pública, que desde hace tres meses desempeñamos. No: la idea de formular un Proyecto Ley general de educación para nuestro país, la tenemos desde hace ocho ó diez años, ya que datan de 1868 las primeras notas que tomamos al emprender los estudios que nos

han conducido al resultado que ofrece el Proyecto de Ley, que hemos presentado al Gobierno actual", diciendo también: "En cuanto al volumen que lo acompaña, lo escribimos el año 75, ocupando en su redacción las largas y monótonas horas de una prolongada reclusión, que los sucesos políticos de aquella época nos obligaron á soportar, ya que no queríamos tomar en ellos una parte activa". Quiere aclarar, pues, que los sucesos actuales no han modificado su opinión: "nos encontrábamos con el trabajo completamente concluido", añade, y explica: "no hacemos un trabajo político, en el sentido concreto de la palabra: es decir, no tomamos parte en la política militante de la actualidad con la publicación de la primera parte de este libro. Nuestras ideas sobre las causas de las crisis políticas, no nacen de los acontecimientos que se han producido en los últimos meses, sino de lo que, á nuestro juicio, enseña la historia política de nuestro país, desde que nos hicimos independientes".

Todo está así claro. El sirve al país. Y lo hace sin dejarse rozar por los sucesos políticos que se desarrollan a pesar suyo, y que él también condena. Pero no cree que deba colocarse al margen de las cosas, en esta hora de obrar. Conoce su deber y no teme arrojarse a la brava corriente. "Es cierto —se anima a decir— que he recibido el poder de quien no debiera dármele, pero no lo es menos que yo cumpla como todos los buenos ciudadanos el deber de combatirlo, y lo combato con las mismas armas que pone en mis manos... No se puede combatir con más seguridad la dictadura que transformando las condiciones intelectuales y morales del pueblo, ni pueden transformarse esas condiciones por otro medio que la escuela; y puesto que yo aspiro á verificar esa transformación por este medio y no me da el pueblo la dirección escolar, la recibo de quien me la da, sea quien fuere", agre-

gando, además: "No exterminaré la dictadura de hoy, pero sí terminaré con las dictaduras del porvenir".

Sus palabras sorprenden por osadas y temerarias. Significan una peligrosa reprobación, y están pronunciadas en una hora en que mucho menos basta para condenar a un hombre.

Pero Varela se ha propuesto un fin y va a lograrlo: convencer al pueblo de su fuerza, de que esa fuerza está en potencia en la educación y de que no debe desperdiciarse. "Los gobiernos no son causa del estado social, sino efectos de ese mismo estado". Cree que los gobiernos pueden concurrir en el sentido del bien o del mal, pero que su acción es secundaria, transitoria e inestable, y que es en la sociedad —como dice— en su constitución, en sus hábitos, en su educación, donde deben buscarse las causas permanentes y eficientes de la felicidad o de la desgracia de los pueblos.

Puede pensarse que habla así, por interés personal, que sus palabras son una auto-defensa, y sería natural que así fuera; pero puede ser y están bien como punto de vista impersonal, como estudio objetivo. Son patrióticos, exclama, los esfuerzos que se llevan a cabo para destruir los obstáculos que entorpecen el advenimiento de los mejores gobiernos, pero "no son menos respetables, menos fecundos, ni menos patrióticos los esfuerzos de aquéllos, que, abandonando la esfera de las agitaciones transitorias de la política, tratan de combatir las causas fundamentales, permanentes de la desgracia de la patria; los que, sin perjuicio de que mejoren los gobiernos, quieren que mejoren principalmente las condiciones del pueblo; los que en vez de detenerse en la superficie bajan al fondo y observan los cimientos para encontrar las causas que hacen tambalear el edificio... Dejemos, pues, á otros que se

agiten en aquel terreno, demasiado á menudo iluminado por el incendio de las pasiones, para que sea posible conservar siempre la tranquilidad de espíritu que es necesaria para que ni la mano, ni la pluma, ni el corazón, tiemblen al hacer la autopsia del cuerpo enfermo que se presenta á nuestros ojos; y vamos á tratar en este libro de continuar nuestros estudios educacionistas, averiguando las causas radicales del estado en que nos encontramos, como base que nos sirva de apoyo para formular después nuestras opiniones con respecto á los medios de combatir los graves males que nos aquejan". Y apartado de la política, demostrando que hay que hacerla a un lado, emprende esta obra de reconstrucción y de ética, mientras sus contemporáneos discuten sus virtudes.

Uno de sus mejores biógrafos ha dicho que, en "La Legislación Escolar", Varela es más sociólogo que pedagogo. Y es así. Estudia bien el medio y se ocupa preferentemente del mal social. Trata de entrada las crisis económica, política y financiera que atraviesa el país, y da remedios oportunos; busca el equilibrio, y combate los extremos y los errores. Además, presenta al final del libro un proyecto de ley sobre educación común, que se acepta y que es puesto en seguida en vigencia, y que va a continuar estando en uso durante muchos años. La obra es muy buena. Pero no impide esto que sea combatida, en gran parte por las circunstancias que la rodean y, también porque hiere la susceptibilidad de los universitarios; pero su valor se mantiene a pesar de ello intacto y su contenido global es inatacable.

Casi al mismo tiempo que Varela escribe "La Legislación Escolar", prepara, y enseguida da a publicidad, otro libro, "La enciclopedia de la educación". Es un trabajo de búsqueda y de traducción, para el que hay que seleccionar material entre lo más interesante y nuevo que vaya siendo publicado en libros, revistas y diarios de todas partes del mundo. El trabajo es arduo y exige perseverancia, y en él colaboran a su lado, su hermana política, Joaquina Acevedo y Emilio Romero, y está dedicado a los maestros, a manera de material informativo, y de estudio.

Se propone ofrecerlo por tomos, trimestralmente, pues va a ser éste un trabajo largo, de años y años. "Somos jóvenes aún —dice— y podemos creer, en consecuencia, que tenemos largos años de vida por delante, y que si causas supervivientes nos obligan en un tiempo más o menos cercano, á suspender la publicación de esta obra, podremos continuarla, después de algún intervalo de reposo". Y sin sospechar que la muerte ronda, habla de trabajar hasta la vejez. "Para ello contamos con nuestra inalterable constancia", afirma, y, con el tiempo, "ese eficaz colaborador de quienes tienen paciencia y saben esperar"...

Pero, a pesar de su entusiasmo y de esa perseverancia que le ayuda a emprender y seguir el engorroso, fatigante, ingrato, trabajo, esta obra quedará apenas como una delineación sobre un mapa, para mostrar lo que puede hacerse, y lo que pensaba hacer. Es demasiado tarde para emprender tan larga obra, y aunque esté en la hora de su más alta plenitud mental, y a todo se dé con entusiasmo, nada puede impedir que sea ya, dolorosamente, y muriéndose.

Ahora da también conferencias a los maestros

en el salón del Instituto de Instrucción Pública, y las altera con clases teóricas y prácticas, en las cuales prueba a quienes enseña, y los ejercita para la nueva fórmula. Además, para dar a estos actos mayor interés, al final de ellos, permite la intervención del público, que puede así observar, interrogar, e intervenir de manera activa.

Los asistentes, casi en su totalidad, son maestros jóvenes para quienes la personalidad del Reformador se ha impuesto sin reservas, y que callan o hablan vacilando, con evidente respeto. Pero, la entrada es libre, y, entre los espectadores suelen encontrarse algunos maestros de los que aún están aferrados a los viejos métodos y que tienen marcada antipatía por la nueva escuela. Son los que enseñan como antes, y se muestran recalcitrantes y tercios para comprender.

Uno de ellos, al preguntárseles si quieren observar algo, toma la palabra, seguro de poder pulverizar uno de los puntos tratados. Es un conocido director de escuela, hombre de largas barbas y mal genio, prestigiado y vanidoso, e inicia su disertación en tono sarcástico y de suficiencia. El público, desacostumbrado a esta manera de intervenir, como sobrecojido, con ojos redondos, mira al interlocutor. ¡Se amina a hablar desconsideradamente al Maestro! piensa y, se pregunta si es posible defender en aquel ambiente, la absurda, indefendible, escuela. Pero el viejo maestro sigue sus ataques, desdeñoso, convencido de la bondad de su causa.

Varela lo escucha. Por momentos parece que va a hacerlo callar. Aquello resulta ya intolerable. Y no sorprende, pues, cuando se pone de pie. El, que siempre es tan medido, tan correcto, tan parco de ademanes, que habla con voz suave y sin fasti-

diarse, se ha puesto pálido, y estirando el brazo, sin poder contenerse: "Señor, ahí está la puerta", le dice, ordenándole que se retire.

Tiene el otro fama de ser bravo. Pero, en esta oportunidad no lo parece. Ha callado, y se retira, enrojecido, con la cabeza baja, con pasos furiosos, pero sin replicar, y, acaso maldiciendo entre dientes, sin que se le oiga.

Después Varela explica a sus asombrados oyentes: "Yo no pido que no se me combata, que no se me critique, que no se me censure, lo que pido es que se tenga conciencia de la verdad de lo que se va a decir". Y repite exaltado, lo que tantas veces ha dicho: "No quiero que se hable inconscientemente", y, sobre todo, "no quiero que se hable de lo que no se sabe, hablando como si se supiera". Y como siempre, toma el látigo, cuando la palabra persuasiva resulta inútil, y para defender una obra que considera "la más grande, la más fecunda y la más sólida de todas las obras que haya ensayado construir jamás la osadía del espíritu humano".

Ya ha llegado la necesaria hora del primer reposo. Hablaba de un descanso, en el prólogo de su libro. Pero se refería a otro, obligado por la salud o por la política; y éste va a ser placentero y brevísimo, a lo menos ha de pensarse así. Pasará unos días en la estancia de Remigio Castellanos, en Flores, con éste, Ildefonso García Lagos y Alfredo Vásquez Acevedo.

Es la primera mañana de campo. Apenas han llegado. Y, mientras sus compañeros conversan bajo el alero de la casa, en animada rueda, él se aleja, anunciando alegremente que va cazar perdices. Lleva al hombro una vieja escopeta prestada, y se interna entre los pastizales en busca de pre-

sas. Los perdigueros lo siguen inquietos, porque ya saltan y se escurren aquí y allá las ligeras aves. Carga, pues, su escopeta, sin mucho cuidado, distraído tal vez, sin práctica ninguna, alegre como en sus mejores días. Atisba una presa y tira. Pero no ha cerrado bien el resorte de seguridad y, terriblemente, la pólvora estalla sobre sus ojos. Todo sucede en un instante y cae allí, cerca de las casas.

El accidente es espantoso. Sus amigos corren a auxiliarlo, y, con premura, traen de Durazno dos médicos. Pero lo que pueden hacer es poco. Los sufrimientos del herido son atroces. Va a quedar ciego. Se intentan distintas posibilidades de cura, todas con resultado negativo, y los médicos lo hacen trasladar a Durazno, a fin de practicarle una operación y extraer trozos de perdigón que han quedado incrustados en el ojo derecho, que pierde a pesar de la intervención.

Algún tiempo después, como la gravedad se prolonga, el herido es traído a Montevideo, e instalado en una quinta de los alrededores, bajo la asistencia de Visca, uno de los eminentes médicos de la época. Su mejoría es lenta, los sufrimientos siguen siendo crueles, y, su estado general va empeorando, después del accidente.

Sin embargo, en tan seria situación, Varela no se da ningún reposo. Su obra está por hacer, y él desdeña los cuidados, dedicándose por completo a sus actividades corrientes, que ahora van a multiplicarse, debido a que ha sido nombrado Inspector Nacional de Instrucción Pública.

La nueva misión exige a Varela grandes sacrificios, penosos viajes en diligencia —que suelen durar días enteros— largas recorridas a caballo entre pueblo y pueblo, o escuela y escuela, y, ha de acampar muchas veces en mitad de camino, lejos de las ciudades, y dormir en carpas de lona, en pleno invierno, a veces sobre la tierra misma,

donde sus compañeros lo hallan con frecuencia, revolcándose de dolores.

Sin duda por esto, es que Herrero y Espinosa, que está cerca suyo, y ve con qué sacrificio realiza esta última parte de su apostolado, y que presiente y "está seguro de su muerte próxima y de su triunfo", habla a la posteridad, con devoción, diciendo que es "gigante en todas las manifestaciones, grande como el genio, modesto como el maestro, severo como un ciudadano romano y mártir como un elegido del cielo!"

Así, a los trabajos, a las ingratitudes, a la indiferencia, a las penas, se suman intolerables sufrimientos físicos. El conoce ahora el revés de los entusiasmos primeros, casi al llegar al triunfo y al tocar la muerte. Y pronto, si no ya, va a comprender que su obra exigirá continuadores, que toda su energía va a ser insuficiente, y que la substancia humana va a rendirse demasiado pronto, casi con su gran idea en los albores. Busca por eso entre sus jóvenes discípulos a los de mayores aptitudes, a los más capacitados, a los más fieles, a los que pueden responder más íntegramente a su pensamiento, y trata de ampliar la esfera de acción de éstos, con la esperanza de que sigan sus huellas, quién sabe si pensando, a su vez, con la generosidad de Georgias.

Por eso quiere que Aurelia Viera, una de las más jóvenes maestras, se presente a un concurso, para tomar la dirección de una escuela, y la ha llamado para convencerla. Pero ella lo escucha nerviosa, considerando que no está preparada y que no puede presentarse. Recién acaba de recibirse. Varela, asimismo, insiste: "Yo se lo pido, preséntese". ¿No comprende que el susto pasa y el puesto queda? —le dice—. Pero ella no quiere compren-

der. Honestamente piensa que debe rehusar, que no está en condiciones de presentarse, y, emocionada, halagada, se niega a acceder. Varela, acostumbrado a tener sobre sus discípulos una evidente ascendencia, se disgusta, aunque asimismo, un tiempo después, vuelve a mandarla llamar para hacerle un pedido análogo al primero. Esta vez deberá presentarse a un concurso que tendrá lugar esa misma tarde. Quiere que ella sea quien dirija una importante escuela. Ahora está en condiciones inmejorables para hacerlo. La maestra todavía vacila. Sin embargo, horas más tarde, como estaba previsto, su futura, grande, colaboradora, gana todas las pruebas en forma extraordinaria.

Y este episodio muestra cómo actúa, cómo busca y encuentra a sus colaboradores, cómo no se detiene ante obstáculos ni resistencias, cómo anima a quienes hay que animar, e incita a luchar en tono paternal, autoritario, convincente y tan perentorio, que resulta difícil decir: ¡no!, aunque haya quien lo diga.

En estos momentos se reúne en la ciudad de Durazno un congreso de inspectores, casi todos formados por Varela. Y allí se repasan los temas tantas veces tratados, y, tal vez, nunca tratados bastante. Proclama la necesidad de que el idioma nacional sea el único que se hable en la escuela, ya que el relajamiento del ambiente ha permitido introducirse en forma alarmante, el portugués, adoptado al principio sólo en los departamentos norteros y después en casi todos, con grave riesgo para la nacionalidad. Habla de la carrera magisterial, ahora dignificada, respetada y mejorada económicamente. Demuestra cómo ha aumentado la instrucción en la campaña; cómo se ha

doblado la asistencia escolar en menos de un año; da noticia de las nuevas escuelas que se han instalado y de las escuelas volantes que se proyectan para los poblados poco numerosos. Y a este propósito explica: "En vez de esperar que los niños vengan a la escuela, el maestro irá hacia los niños, como un misionero que lleva la enseñanza donde se encuentra el ignorante que es necesario civilizar".

Y en ese mismo congreso, presenta ya un interesante proyecto sobre enseñanza adecuada al ambiente y propone que un día a la semana se den en las escuelas de campaña, clases de agricultura y de ganadería.

Todo lo proyecta ahora, con esperanza de iluminado, vencido físicamente, y afirmando: "No me siento conmovido, ni contrariado, ni desalentado, cuando creo que mi personalidad puede estar comprometida, puede ser agredida, si se acoge bien la idea que me anima". Y este punto de vista es especialmente interesante en un hombre de treinta años, en la edad en el que el triunfo personal cuenta sobre todas las cosas. Pero Varela ha recorrido todas las experiencias rápidamente; ha pasado de las ilusiones a los engaños, de la intransigencia a la tolerancia, de la pasión a la serenidad, y puede decir, como dice, que no le importa caer vencido en la demanda, si las ideas que sostiene salen victoriosas. "Lo que busco no es el dominio de una individualidad, sino el triunfo de mi país en la conquista de ese grande ideal de educar bien al pueblo que ha de gobernarnos mañana... Lo persigo como grande aspiración para mis hijos y para la sociedad en que vivo, porque tengo el profundo, inquebrantable convencimiento

de que hemos de vivir en permanente desgracia, en permanente anarquía, mientras que en todos los espíritus orientales no brille radiante la luz de la educación; mientras que las inteligencias no hayan salido del abismo de la ignorancia, mientras cada ciudadano no tenga conocimiento de sus deberes y los ejercite con conciencia y honradez".

En más de una ocasión, Varela se ha mostrado como un espíritu justo, moderado, benevolente, ecuánime, conciliador. "Aunque sea indigno de hacerlo —ha dicho— predico la conciliación de los espíritus, la tranquilidad, la paz, y como la predico trato de practicarla". Pero, no obstante sus deseos, y aun cuando practica la difícil doctrina de la bondad, recibirá ingratitud, y oirá palabras que en sus oídos van a sonar rudas y crueles. Su mejor amigo, precisamente, ese amigo que él quería y quiere, como a un hermano, Carlos María Ramírez, va a obligarlo a defenderse públicamente, porque así lo ataca, haciéndolo subir a la tribuna universitaria, cuando ya ha sido herido de muerte.

Con ironía, Ramírez hace la crítica de "La Legislación Escolar", recién publicada. —Porque, aunque se tenga la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que escribió el libro, los sucesos entrelazados, confundidos, han pasado vertiginosos, en este ocaso del Reformador, en que se juntan el triunfo y la muerte.— Y Ramírez, pletórico, olímpico, político, lo lleva a un duelo, diciendo: "Me propongo hacer la crítica, y de antemano lo declaro, la crítica severa, de un libro escrito por el señor José Pedro Varela, que es uno de mis mejores amigos y uno de los compatriotas que más aprecio me merecen entre los miembros de la generación a que pertenezco... Mi amistad con el señor Varela

data desde los primeros años de la infancia. La sonrisa de los primeros amores y la nostalgia de los primeros destierros hirieron a un tiempo nuestras almas, confundiendo nuestras vidas en una estrecha comunión de emociones generosas y de pensamientos graves". Y si reconoce que las necesidades de la vida intelectual han aflojado los vínculos materiales de esa antigua amistad, es para asegurar todavía que el afecto persiste, ya que dice: "En el fondo de mi alma, y estoy seguro que en el fondo de la suya, arde la llama de la amistad como en los hermosos días de la adolescencia". Y eso es lo grave; porque después de tantas palabras amistosas, resulta más serio lo que va a decir. Si su ataque fuera benévolo podría ahora no parecer ni siquiera imparcial. Existe un recuerdo inextinguible que los une, y se confiesa sincero y grande admirador "de su tenaz pasión, de su formidable manía, por la causa de la educación popular", agregando: "si por sus perseverantes esfuerzos consigue por lo menos el señor Varela implantar en nuestro país el maravilloso sistema de las *lecciones sobre objetos*, eso sólo bastará para que los orientales le asignemos un puesto distinguido entre los obreros de nuestra generación social".

Pero, luego, terminadas estas declaraciones, comienza su acerba crítica, según sus propias palabras, comienza el combate, y entonces el tono es duro, hiriente y hasta molesto, porque dice así: "El señor Varela, en su libro mal llamado "*De la Legislación Escolar*" ha ofendido cruelmente la verdad que reina en mi conciencia, que fortifica mis ilusiones y mis esperanzas, que forma el númen y el culto de mi vida". Y "esas ofensas a la verdad" están sostenidas —son sus términos— "por el prestigio de una autoridad simpática". He ahí por qué he creído necesario —sigue diciendo— acometer, y acometer de una manera ruidosa, la

crítica y la refutación del libro del señor Varela, creyendo que, si los choques que van a producirse, encienden momentáneamente el alma de los combatientes, levantando en su torno una nube de polvo, capaz de confundir y cegar, al final de la polémica, del combate, ha de volver a descubrirse la amistad. Y evidentemente, debe haber pensado que podía ser éste un episodio intrascendente, porque no ha previsto que su fogosidad puede hacerlo herir algo más que al pasar.

El preámbulo hábil y simpático, crea alrededor de Ramírez el ambiente más favorable, y, cuando Varela se presenta a levantar los cargos, debe hacerlo ante un público hostil, preparado contra él.

Está impresionantemente pálido, con los ojos velados de negro, como se le ve siempre, ahora, con anteojos oscuros, de canastilla. Quemado por la fiebre, demacrado, habla con voz opaca y en tono emocionado. "No suponía, no debía suponer, señor presidente, que tuviera que soportar durante hora y media, una serie no interrumpida de agrias y malevolentes censuras; —empezará por decir— no suponía, no podía suponer, dado el reconocido talento y la notoria ilustración del crítico, que honraba mi libro al criticarlo, que había de descender, para probar lo malo del libro, hasta hacer mérito, ya que no de la célebre berruga de Larra, del ceño adusto del autor de "*La Legislación Escolar*", hasta hacerme un cargo de mis imperfecciones físicas". Y piensa, por eso, que, si es grande su divergencia de opiniones en cuestiones filosóficas y sociales, "es más grande aún esta divergencia, con respecto a los deberes que impone la amistad". Por mi parte —agrega— puedo estar en desacuerdo con mis amigos, combatir sus opiniones, cuando las conceptúe erróneas, y defender calorosa y animosamente las mías cuando ellos me ataquen; pero

hay un límite, el límite de la consideración y del aprecio, que no me creo autorizado a salvar en ningún caso". De ahí que diga que, cuando lucha contra quienes son sus amigos, sus viejos amigos, no combata sino con ideas, exclamando: "porque no sé ni quiero saber cómo se llega hasta las personas".

Habla con nobleza, sin violencia, con una emoción que trasluce su voz insegura y el papel que tiembla en sus manos. Lo ha sorprendido el ataque, tan personal y ensañado; pero reacciona con tristeza, con desengaño, y, sólo, con dolor.

El público permanece impertérrito, sin que sus palabras encuentren eco en aquella semi-penumbra de la sala. "A pesar de que tengo fresca y reciente la enseñanza elocuente del ejemplo", dice sin embargo que no quiere aprender a saber cómo se ataca. "Si lo hiciera, si aprendiera a saber cómo se ataca y se hiere cruelmente a los viejos amigos, a aquéllos con quienes nos hemos encontrado juntos, amando y sufriendo. . . ; si lo hiciera, si aprendiera a atacarlos y a herirlos cruelmente, creería herir con más crueldad aún, mis propios sentimientos, mis recuerdos, mi vida toda; ya que los recuerdos de mis viejas amistades están de tal manera entrelazadas a la trama de toda mi existencia que para arrancarlos tendría que deshacerla; que para arrojarlos al viento de la indiferencia y del desprecio, tendría que arrojar con ellos mi adolescencia, mi primera juventud, todo, todo lo que se salva de la acción devastadora del tiempo, en el libro misterioso de la memoria y en la urna más misteriosa aún del sentimiento". Herrero y Espinosa, que está ahí, entre ese público enemigo que lo escucha, lo observa pálido, con los rasgos acusados, cadavérico, y, con el gesto altivo y resignado a un tiempo.

Al bajar de la tribuna, sólo algunos aplausos

cortan el silencio. Pero, asimismo, se siente contento, si es que puede estarlo, porque ha sostenido su intachable conducta y su hombría de bien, y ha salvado su dignidad cívica, y, también, porque ha defendido su corazón.

La elocuencia de Ramírez, su fácil palabra, su apostura gallarda, su posición de acusador y el derroche de ironía que hace, han conquistado al público y lo han predispuesto mal contra la sinceridad y el sentimiento de Varela. El debate, que enerva a uno, haciéndolo excederse, al otro hiere en lo más hondo del alma. No pueden ahora encontrarse. Hay, por una parte, apasionamiento singular, que arrasa méritos, que olvida títulos y que busca un lucimiento político y sin excusa; pero Varela, sin apartarse de la medida, fiel a la amistad, fiel al recuerdo que no quiere empañar, fiel a sus propios sentimientos, hace una defensa digna y alta. Ramírez, implacable, sigue por el camino emprendido. Prefiere hacer alarde de gracia, y repite palabras de mofa, palabras de otro, que no importa saber quién fuera, pero que el público va a festejar, y cuenta allí mismo que se ha dicho del libro, lo que decía Rossini de las primeras óperas de Verdi; tiene mucho bueno y mucho nuevo; pero lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno". ¿Basta? No ha de parecerlo así, ya que dice: "Yo rechacé y rechazo esta opinión, porque la primera parte de "La Legislación Escolar", tiene, señor presidente, cosas que no son buenas ni nuevas, sino malas y viejas, muy viejas y muy malas, dando a esta última palabra todos los significados que tiene en el lenguaje usual".

Cada noche ataca en ese tono de injusticia; y

cada noche la defensa está hecha en un invariable tono de dolor.

La acusación repercute hondamente en la vida de Varela. Su salud se resiente y ya apenas se le volverá a ver. Trabaja ahora encerrado en su casa, que ha convertido casi en oficina. Sin embargo, prepara todavía el concurso de escuelas que se realizará bajo su dirección, en el teatro Cibils.

Quiere que todos puedan comprender, ahora más que nunca y, que puedan palpar las razones por las cuales sostiene la reforma. Quiere dar pruebas, mostrar lo que tiene por evidente, sobre todo, porque reconoce que, en el campo de la teoría todo puede discutirse, y que sólo las pruebas prácticas, la verdad a la vista, van a convencer. Por eso invita en primer término a sus adversarios. Los invita a formar parte de las mesas examinadoras, para que ellos mismos interroguen y para poner ante sus ojos las diferencias. Pero, ninguno de los que critican su sistema acepta la invitación. No quieren comprender y, por lo tanto, no admiten posibilidades, ni precisan pruebas.

Varela, está allí, como una sombra, sostenido sólo por su voluntad. Y pronuncia todavía el discurso de apertura, en el que dice: "En la apostura, en la fisonomía, en la mirada, en las contestaciones, en todo, se hacen evidentes las diferencias radicales que separan el antiguo del nuevo sistema; la vida, la acción, el movimiento, la alegría, el entusiasmo, la emulación, caracterizan la nueva escuela; el quietismo, el tedio, la adversión al estudio y al maestro, la parálisis intelectual y moral, la falta de todo estímulo, de toda aspiración, de todo placer, son los rasgos característicos, típicos, de la vieja escuela". Y pone así, frente a frente y

prácticamente, los dos sistemas. Ambos se han venido siguiendo en el país, y el público debe ahora juzgar: Debe ver si hay charlatanería y engaño, de una parte, o de la otra empecinamiento y torpeza, y dónde está la verdad y la razón.

Una sala desbordante lo aplaude y constata las pruebas. Los diarios matutinos aparecerán relatando el acto con palabras encomiásticas. Y, a los dos meses, la ciudad ya preparada, colmada y bulliciosa, estará de fiesta el día de la repartición de premios, que va a realizarse en el teatro Solís.

Una vez más, todavía se ve al Reformador. Es su última aparición en público, cercado como está de muerte; sin embargo, habla con palabra vibrante, entusiasta, y pide "luz para las inteligencias que viven en medio de las sombras de la ignorancia"! Clama por "Luz para las sociedades a quienes envuelve la oscurísima noche del error! Más luz para los pueblos a quienes oprime la fatídica lobrete de la preocupación! Luz y calor para los espíritus! Libertad para los oprimidos! Fraternidad para todos!" Sus palabras de ánimo, de justicia y de libertad, son oídas ahora, sin que se sepa que van a ser escuchadas por última vez. Pero ellas son su programa, son la síntesis de su programa, y para siempre van a repetirse como un eco, llevadas de generación en generación.

Aun va a continuar trabajando; pero nunca más se le verá. Declina por días, casi por horas. No se puede producir ya ninguna reacción. Es una batalla perdida; el fin ha comenzado; casi ha entrado en la muerte. Y todos los saben. Sólo esperan...

Carlos María Ramírez recibe este primer anuncio en Paysandú, donde se encuentra invitado por

la Sociedad Científica-Literaria para dar conferencias. Y, cuando aún está viva la polémica del Club Universitario y se recuerda y comenta su crítica y las palabras de ambos como un duelo de hoy, pronuncia un elogio consagratorio, que llega a tiempo para que Varela lo oiga. Está moribundo. Y es con hondísima, tremenda, emoción, que recibe el homenaje reivindicador, por venir de quien viene, por decir lo que dice, por ser pronunciado después de lo sucedido y por llegar en esta hora.

Emilio Romero lleva los artículos al enfermo, y ha empezado a leérselos, allí, junto al lecho. En ellos se habla de las escuelas, de la reforma, y "de la resistencias que las grandes reformas provocan siempre en estas regiones sub-lunares", y lee las palabras que a manera de retracción, exclama Ramírez. "Es necesario decir que este ministerio del espíritu público ha sido desempeñado dignamente por el Inspector Nacional de Instrucción Pública". Y reconoce que sus obras lo honran y honran al país, y que en ninguna parte del mundo se habla de estas materias con mejores estudios y mayores conocimientos que los de Varela. "Digamos, también, que en su defensa de las reformas realizadas, en su largo duelo con los numerosos adversarios de esas reformas, el Inspector Nacional ha estado verdaderamente admirable, porque al sostener con entusiasmo sus principios y sus actos, no ha perdido nunca la moderación y la calma que son atributos de la verdadera fuerza, porque ha reconocido siempre el derecho de todos a la crítica y a la censura, aceptando con equidad de ánimo y con espíritu despreocupado de sí mismo, todas las agitaciones de la lucha, aun con sus injusticias y sus violencias, tan frecuentes y tan disculpables en la vida de nuestra democracia embrionaria".

Y ya no puede continuarse la lectura, porque la emoción es demasiado fuerte para que pueda soportarla un corazón, que ahora casi es de cristal. El médico pide que se evite esta alegría. Y hay que esperar, y cumplir el recetado silencio. Pero, él quiere seguir oyendo... "Comprendo que con estas últimas consideraciones no hago más que dar razón al reproche que particularmente se me ha dirigido de que mis conferencias debían titularse: "*Defensa del Inspector Nacional de Instrucción Pública*" y, noblemente, dice: "Acepto el reproche". Reconoce que el régimen actual de educación común está identificado con la personalidad del Inspector; que es él quien lo ha creado, y quien está en excepcionales condiciones para hacerle rendir todos sus frutos...

Los que escuchan empiezan a retirarse. El lector sigue con voz por momentos más insegura, más empañada. La emoción del enfermo obliga a hacer un nuevo silencio, a hacer muchos silencios. Sus ojos parecen llenos de fiebre. Pero con la mano da siempre orden de continuar.

"Hay en nuestra raza un defecto del que debemos curarnos. Somos intemperantes en la crítica, implacables en el ataque personal, y, al mismo tiempo, muy parcios en el elogio justo, muy avaros del homenaje desinteresado'... La lectura se va haciendo susurrante. Se va haciendo entre pausas. "Obedecemos en esto a una falsa tendencia democrática; a un sentimiento pernicioso de esas democracias niveladoras, que, después de haber destruído las superioridades artificiales e injustas de la sociedad antigua, pretenden destruir también las superioridades legítimas y naturales de toda sociedad humana... y, precisamente, cuando el pueblo es dueño de sus destinos y se gobierna a sí mismo, hay una necesidad suprema de que reconozca y respete las superioridades que da el ta-

lento, el estudio, la virtud, los servicios al país, porque sólo por ese medio podrá elevarse a sí mismo en la escala de la inteligencia, de la cultura y de la moralidad”.

¿Cómo continuar? La palabra de su amigo preferido, que fué para él un veneno, se convierte ahora en un bálsamo; pero en un bálsamo que su cuerpo moribundo ya no puede resistir. Van a ser, sin embargo, las últimas y primeras palabras de verdadera justicia que oirá, y hay que dárselas como un manojo de rosas quemantes. “La bandera del espíritu moderno, la bandera de nuestra regeneración social, está en las manos de don José Pedro Varela. Si militamos bajo su bandera, no tengamos embozo en honrar al abanderado. Yo, por mi parte, me complazco en saludarlo desde esta tribuna, con el título que ya le han discernido las simpatías populares, con el título del Horacio Mann oriental”.

Hay en estas palabras, además de justicia, romanticismo, y expresan la emoción y el dolor que se siente ante el amigo que se va. Tienen esa gravedad, esa sinceridad, de las cosas finales, y la nobleza de los sentimientos que están fuera ya de las pasiones breves. Así debe comprenderlo Varela. Y se cruza entre ellos, una última, corta, correspondencia, que busca el olvido y que es abrazo de reconciliación.

El 24 de octubre está próximo y pueden contarse los días. Pero Varela trabaja sin reposo, animado por la fiebre de llegar. Trabaja con proyectos, ahora, ya imposibles. Su obra es vasta. Y desesperadamente ve que se escapa a su espíritu que la abarca, ya sin tiempo. Dicta notas, contesta cartas, resuelve dudas; pero los papeles se acumu-

lan en su cuarto. Además, escribe su última “Memoria”, para la que él mismo ha fijado un plazo, el 15 de diciembre. Y quiere también que los demás cumplan y que todo esté pronto para ese día, en el que él también habrá terminado.

Y trabaja atenaceado por dolores terribles. De cuando en cuando, sin poder seguir, apoya la cabeza sobre su mesa de enfermo, y vuelve a tomar la pluma, apenas puede rehacerse, diciendo a los que están junto a él: el dolor que ha pasado sólo vive en la memoria. Pero ya, de nuevo se ve obligado a detenerse, y ante el pedido de que descanse, que no atiende nunca, sigue su labor, diciendo como un estoico: “Olvidemos el dolor. Otros sufren más que yo!” En esa forma forja todavía. Lo hace con extraña, singular, generosidad, sin querer que se piense en él, como si ya estuviera más allá de la vida. “Pensemos en el dolor de los que viven”, exclama así, en medio de su dolor.

“Si por mi estado de salud, o por cualquier otra causa dejo pronto el puesto que ocupó”, decía hace unos meses. . . Será difícil saber si vislumbraba esta hora, y si trabajó durante este último tiempo con el pensamiento y la voluntad en cruz. Pero, no sería imposible, puesto que lo hizo sin detenerse, sin poder detenerse, y como aceptando o gozando el sacrificio. No pudo hacer más de lo que hizo, y en esta “Memoria”, casi póstuma, va a quedar escrito: “Abrigo la esperanza de que al menos, esta Memoria servirá, en cualquier época, para dar testimonio público de que he consagrado todo mi tiempo, sin días de fiesta ni horas de descanso, al servicio de la educación!”

La esperanza se va a consumir. Sus deseos van a cumplirse, porque pronto ha de reconocerse

ya, cómo cumple sus deberes de ciudadano que ama a su país y de hombre que anhela la felicidad y el progreso de la sociedad en que vive.

En este trabajo minucioso, ilustrativo, amplísimo, encierra todo su proyecto y resume su obra. Y en la manera de realizarla, muestra al obrero infatigable, extraordinario en sus enfoques y en su paciencia, que piensa siempre bien, que obra siempre bien, y que muere cumpliendo su deber, evangelizando, desvelándose por los demás, trabajando para ellos, frente a un papel en blanco, queriendo todavía trazar caracteres y con la pluma apretada entre su mano ya inerte. Ni puede pedirse más idealismo, ni más grandeza, ni mayor desinterés. Muere "mientras apuntan los primeros frutos de su obra colosal", ha dicho alguien, haciendo notar que muere en una hora "de noche implacable que se acerca y de amanecer que empieza".

Al día siguiente, la prensa aparece con las páginas enlutadas, entonando un franco, unánime, elogio fúnebre. Se reconocen sus méritos y se le nombra, llamándosele el "gran ciudadano". Pero para que se hable así, tuvo que pasar por el último trance.

En Buenos Aires, donde repercute el dolor del Uruguay, Juan Carlos Gómez, el poeta de la libertad, dice en "El Nacional" "que el joven oriental había tenido que apoyarse en la mano glacial de la dictadura"; pero reconociendo que había sido "un misionero incansable de la educación popular"; que "predicaba su Evangelio cultivando su campo en medio de las desgracias y miserias del Estado Oriental... y que sembró la semilla del bien en la tierra fecunda de la generación del porvenir, desentendido del presente", porque era

su misión, formar en las ideas de la libertad y del deber, derramadas en las cartillas de la infancia, los futuros ciudadanos que han de redimir aquel noble y heroico pedazo del suelo americano".

Y, un insigne argentino, Bartolomé Mitre, desde "La Nación" escribe: "A Varela no le dejarán de sentirlo los orientales... El era, en medio de las tinieblas que oscurecen el horizonte político-social de la patria de los Treinta y Tres, luz de porvenir, luz de verdad, luz de regeneración y de engrandecimiento... Dios, en sus altos desig-nios, ha permitido que se apague esa luz bien-hechora, para la vida material, pero en la vida moral, en los resultados fecundos de la gigantesca obra, en la lucha y en el triunfo, ella como un esplendor divino, seguirá haciendo sentir su benéfica influencia por los años de los años"... Y, algunos párrafos más abajo, en el mismo largo, encomiástico artículo, se lee: "El genio, la virtud, el heroísmo, el sacrificio generoso, los grandes hechos, en una palabra, y los grandes servicios a la humanidad, no solamente en el país que nacieron ó vivieron los hombres que ilustraron con ellos sus nombres, despiertan interés y provocan la admiración de las gentes... Prat y Grau, muriendo como murieron sobre la cubierta *Huáscar*, son héroes universales, y no hay país alguno de la tierra que no se honrara de contarlos entre sus hijos... Varela, caído en lid no menos noble, después de haber hecho cuanto un hombre puede hacer en la vida por sus semejantes, no es tampoco una gloria exclusivamente oriental... Su nombre y su ejemplo pertenecen á todos los pueblos que rinden culto á la honradez, al talento, á la abnegación y al patriotismo".

Y "El Diario del Comercio", que al azar puede tomarse entre los muchos periódicos del Uruguay que, ahora rinden justicia al Reformador, dice:

“Fuimos de los primeros en discernirle el título de *Horacio Mann uruguayo*, y de los primeros también en reconocer que ha hecho el sacrificio de su vida en bien de su país para servir la más notable y grandiosa de las causas en el período actual le nuestra civilización”. Así se expresan todos, porque en estas horas de loas nadie cree que puede callar ni siquiera que puede mostrarse parco en el elogio. Ni nadie se hubiera animado, desde luego, a repetir los engegucidos juicios anteriores.

Se diría que su vida, al apagarse, se ha convertido en un desafío para las mezquindades de sus detractores. ¿No van a juzgar, ahora, acaso, los que van a venir? “*A posteriori l'ardua sentenza*”, pronuncia ya alguien. Pero no se adivina que la posteridad va a sobrepasar los cálculos y que va a hacer su apoteosis.

El día del entierro amanecen entornadas todas las puertas de la ciudad. Las banderas nacionales se alzan lacias, y un aire de luto toman las calles de ese domingo de primavera. La congoja une a todos. Desde las aceras, desde los balcones, en las azoteas, la multitud rebosa, ya horas antes, transida, vistiendo trajes de riguroso luto, contenidas las lágrimas, pronta a arrojar flores al paso del ataúd. Es este el agradecimiento del pueblo, su único modo de poder responder ahora a tantos bienes recibidos con indiferencia, tal vez con prevención, cuando se ignoraba todavía su significado.

Los niños de todas las escuelas, en su mayoría también enlutados, forman largas filas a los lados del camino, preparados para arrojar, al féretro, flores deshojadas. Y un enorme cortejo, de cuadras y cuadras, compacto, lento, se ve venir ya, formado por hombres de todas las clases sociales.

Lo acompañan en silencio, con los sombreros en la mano, los rostros lívidos de pena y sus trajes negros. Y sólo se oyen los pasos en el imponente recogimiento, y las notas fúnebres de los clarines y de los tambores, amortiguados, que han sido envueltos en crespones, y el lejano cañón que da espaciadas salvas.

Pero en el cementerio va a abrirse el féretro, y la multitud, ya incontenida, se arremolina y atropella, porque quiere ver. Quiere dar su último saludo a su bienhechor, y filas y filas pasan interminables, mientras los oradores, desde un improvisado púlpito, pronuncian ya sus oraciones fúnebres. Es el momento en que Juan Carlos Blanco, habla y dice: “El martirio fué su camino en la gigantesca empresa!... Es imposible llevar más allá la resignación, la constancia, el martirio, por un ideal, por un propósito santo, noble, abnegado, por la educación del pueblo! Aquello parecía algo de terrible y grande que no se explica ni se define, sino fuera un heroísmo... Murió porque *dió su vida* en holocausto, porque, como un apóstol, hizo obra de redención!” Y luego Otero habla del hombre que “se sacrificó legando con su muerte los esplendores de la victoria”. Piensa que el pueblo lo llora, con “un llanto de dolor y de orgullo”, diciendo: “Así debieron llorar los hijos de Inglaterra cuando Nelson moría y les legaba el dominio de los mares! Así debieron llorar las mujeres espartanas cuando supieron la muerte de sus hijos que habían perecido en el campo de batalla!”

Hablan muchos otros intelectuales y todos con tanto elogio, elocuentes en sus alabanzas, porque se quiere hacer este primer acto de justicia.

El público sigue oyendo emocionado. Oye compenetrado. Con frecuencia aparecen los blancos pañuelos para cubrir los ojos. Y continúa el acto interminable, como aquel día de duelo, cuando toda-

vía sube a la tarima el representante de la juventud que, con palabra convencida y apasionada, sostiene la teoría de los hombres necesarios, providenciales, pues si Muñoz Anaya dice que: “es terminantemente contraria a la sabia organización de las democracias”, cree que “es forzoso reconocer que José Pedro Varela constituía una brillante excepción de la regla general”.

Después, durante cuatro días estuvieron los diarios refiriéndose al duelo y al homenaje. Se escribieron notas y artículos, muchos de ellos firmados, porque ya no existían discrepancias. Acaso el pueblo con la unanimidad de su dolor, hizo callar a sus adversarios, y todos quisieron mostrarse convencidos. “Nos parecía que toda la población de Montevideo asistía al solemne acto”, dijo alguno de los diarios. Y otro hizo notar que estaban allí hasta “los mismos que antes lo hacían merecedor de baldón y de censura”, y que ellos también habían ido a glorificar su memoria.

Un año después, cuando Sarmiento visitó Montevideo, los que tan implacables se mostraron en algún momento con José Pedro Varela, por no querer disculpar —lo que creyeran fuera una actitud política—, rodearon al eminente argentino agasajándolo en el banquete, sin que en sus conciencias importara que, en cierta ocasión, hubiera puesto a precio la cabeza de un gobernador de San Juan. El talento y la altura moral del gran educador permitían rendir un homenaje al hombre admirable, que había dado a la causa de la educación sus mejores desvelos, y podía, por un lógico

desdoblamiento, no pensarse en el político. Pero con criterio distinto habían sido implacables con Varela. Y si lo habían llorado en la hora de su muerte, ahora ya, pasada la grande emoción colectiva, preferían no nombrarlo siquiera. Únicamente Carlos María Ramírez se animó a poner las cosas en su sitio, con un justo recuerdo. Y al ofrecer el banquete, dijo: “A Varela correspondería dirigiros la palabra, si él viviera!”

A los demás, un año había bastado para olvidar el dolor y la deuda. Tal vez, porque un año había bastado también para recuperar las pasiones. De ahí que, cuando algún tiempo después, alguien quisiera organizar un homenaje a su memoria, se le negara el salón del Ateneo, solamente porque de nuevo no se pudo separar al político del educador. “Los del Ateneo son un pueblo? Oh, poetas!” dirá entonces a este propósito Sarmiento, censurándolos con palabras indignadas.

Y los del Club Universitario, es decir, los jóvenes, los nuevos, fueron los que entonces levantaron la bandera del Reformador.

Ellos fueron los que realizaron la proyectada y rechazada velada, ellos los que invitaron al pueblo a depositar una corona de oro en su tumba, y ellos los que con que ese motivo lograron formar una gran manifestación popular, como el día del entierro, a la que se adhirieron las sociedades nacionales y extranjeras, la campaña, que envió sus representantes, el magisterio, la prensa, las escuelas y el pueblo independiente y agradecido. Y los diarios dijeron otra vez: “Estaba todo el país”. . . . Fue como una segunda tarde de duelo, en la que la multitud desfiló bajo un cielo amenazador.

Los oradores designados, Herrero y Espinosa, Albístur, Ricaldoni, Claramunt y muchos otros, tuvieron palabras justas y elocuentes. La muchedumbre los escuchó religiosamente, de nuevo vestida

de negro, para mostrar su adhesión, su fidelidad. Y bajo los cipreces del cementerio, entonó un emocionado "miserese". Después, ya nadie volvió a discutirlo; nadie volvió a negar su civismo; nadie se animó a dejar de reconocer sus méritos, sus talentos y sus virtudes; y, unánimemente ha sido hecha justicia a su gran obra patriótica y social.

Años más tarde, Julio Herrera y Obes, que ya había sido Presidente de la República, dijo: "Si Varela hubiera vivido, él es quien me hubiera sucedido en la Presidencia"... Fué un espontáneo, sincero, reconocimiento. Otros se le han rendido después, año a año, hasta ahora, hasta llegar a los cien años de su nacimiento. Actos solemnes se han cumplido siempre. Páginas laudatorias se escriben periódicamente. Y hoy, Eduardo Acevedo, al recordar su obra en términos consagratorios, al definir sus conceptos básicos, exclama con palabras definitivas, que la figura del Reformador, "lejos de esfumarse por el transcurso del tiempo, seguirá brillando con la misma intensidad en cada nueva conmemoración que se realice".

*Imp. «Gaceta Comercial»
Plaza Independencia 717
Montevideo*

